

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

AÑO 18. — N° 326.

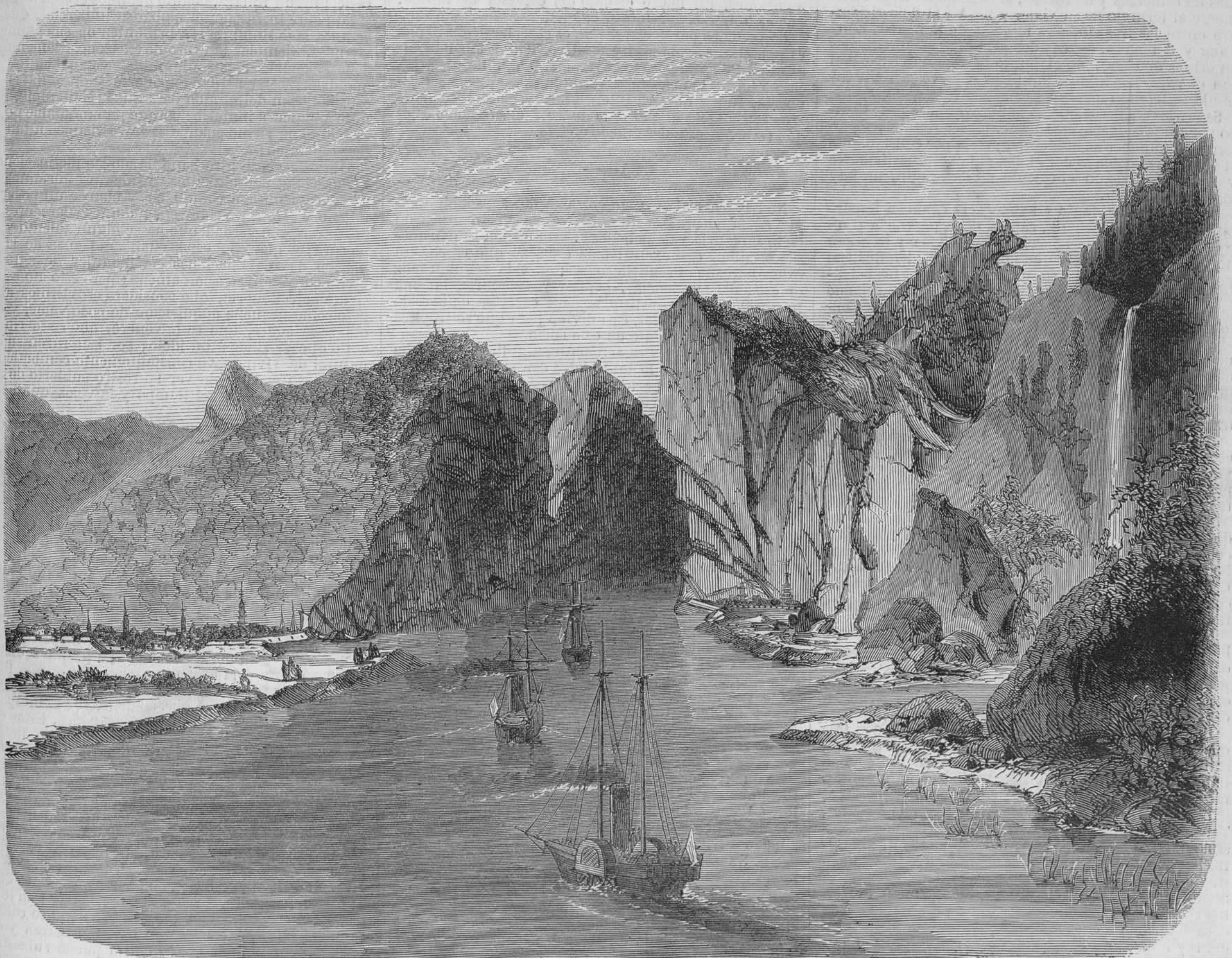
SUMARIO.

Expedicion inglesa al Yang-Tze-Kiang; grabado. — Emilia y su carácter. — Revista de Paris; grabados. — Nadie diga de esta agua yo no beberé. — Carmosina. — Tiro de pájaros en Valencia; grabado. — Poesías religiosas; grabados. — Hidrografía. — La feria del Pain

d'épices; grabado. — Fiesta dada en Trieste en honor de M. de Lesseps; grabado. — La hora del diablo. — Gonzalo Fernandez de Córdoba ó la Buñolera. — Revista de la moda. — William Prescott; grabado. — Sidi-Mohammed-Sadok; grabado. — Concieros de Paris; grabado.

Expedicion inglesa al Yang-Tze-Kiang.

Acaba de aclararse el misterio de la expedicion de lord Elgin al gran Kiang: hé aquí algunos pormenores sobre el viaje que la flotilla inglesa ha efectuado durante sus dos meses de ausencia.



EL PASO LLAMADO DE LOS PILARES EN EL YANG-TZE-KIANG.

La escuadrilla, compuesta de cinco buques (tres vapores y dos cañoneras), salió de Chang-Hai el 9 de noviembre último, y tardó ocho días en subir el Kiang hasta la isla de Oro, á causa de los cambios sobrevinidos en el río.

El *Furious*, á cuyo bordo se encontraba lord Elgin, navegaba con seguridad entre la isla de Plata y la tierra cuando sufrió una avería que felizmente pudo repararse en breve.

Al llegar á la vista de las fortificaciones de Nankin, lord Elgin, que no quería ni atacar á los rebeldes Tai-ping ni pedirles el paso, mandó avanzar una cañonera para entablar negociaciones pacíficas; pero uno de los fuertes hizo fuego, al que contestó toda la escuadra batiendo en brecha y bombardeando la línea de fortificaciones.

Al otro día las baterías enemigas se callaron, y entonces la escuadrilla continuó su camino para Kai-King-Fu, con la pérdida de un hombre muerto y dos heridos.

La noticia de la lección que habían recibido los fuertes de Nankin se esparció por todas las ciudades ocupadas por los insurrectos en el trayecto del río; gracias á esto los ingleses recibieron la acogida mas cordial, primero en Kai-King-Fu, y luego en Uheu, cuyo jefe protestó de su viva amistad por los europeos, sin disimular la inquietud que le inspiraba su aproximación á la garganta de los Dos Pilares, cuya entrada guardada por dos fuertes se halla en poder de los insurrectos Tai-ping.

Nada mas pintoresco ni majestuoso que esa salida triunfante del río Azul á través de las montañas abruptas que parecen haberse abierto espontáneamente á fin de dar salida á sus aguas.

La escuadra no experimentó ninguna resistencia para penetrar en ese desfiladero, sin duda porque los insurrectos estaban muy ocupados entonces en batirse contra un cuerpo de imperiales que quería recobrar esa importante posición.

Sin embargo, á medida que subían el curso del Kiang, la profundidad de las aguas iba disminuyendo, y la *Retribution*, que era el que mas agua calaba, debió detenerse cerca del gran lago Po-yang, mientras los otros buques seguían hacia Han-Keu.

Otra vez los insurrectos, antes de llegar á este punto, dieron á los ingleses la ocasión de hacerles conocer la superioridad de su artillería; por último, al cabo de un mes de esfuerzos y de luchas, la expedición llegó felizmente al término de su viaje, y fondó el 6 de diciembre entre las tres ciudades famosas de Han-keu, Han-yang y U-tchang. — Las dos primeras están situadas en orillas opuestas, en el punto de union del río Han con el Yang-tze-Kiang; la última se eleva enfrente sobre la orilla meridional del río.

Segun las poéticas noticias publicadas hace poco tiempo por un misionero, esas tres ciudades reunidas cuentan ocho millones de habitantes; seria por consiguiente el punto mas poblado del globo, sin exceptuar Londres y Yedo; pero segun el cálculo de lord Elgin, no hay mas de un millon.

De todos modos, tanto en superficie como en importancia política, U-tchang, capital de la provincia y residencia del virey, es superior á sus rivales; Han-keu no puede reclamar mas que la superioridad industrial y comercial que lleva á sus muros á todos los negociantes de todas las provincias centrales de la China, siendo un mercado al menos tan considerable como los de Canton y de Chang-Hai.

Lord Elgin hizo al virey, en su palacio de U-tchang, una visita oficial que el alto mandarín le devolvió al otro día á bordo del *Furious*; por ambas partes se desplegó la mayor pompa, y en las relaciones personales se notó una gran cordialidad, tanto con las autoridades imperiales como con la población.

Después de una semana de residencia consagrada al estudio de las ventajas que ofrecería Han-keu, si estuviera abierto al comercio europeo, la escuadra tomó de prisa el camino de Chang-Hai, pues bajaba rápidamente el nivel del Kiang.

Aparejaron pues el 12 de diciembre, y á pesar de todos los obstáculos los buques marcharon bien durante ocho días; pero una vez llegados á las arenas de la embocadura del gran lago Pu-yang, los vapores *Furious* y *Cruizer* no pudieron ir mas lejos, y lord Elgin, con su comitiva, se vió precisado á dejar allí los dos buques teniendo que bajar el río con las cañoneras *Lee* y *Dove*.

Con tan escaso material, la legación británica temía la acogida que le harían los insurrectos á su paso por delante de las baterías de Nankin; no se trataba solo de pasar una vez, sino que era preciso asegurar la libre comunicación con los dos vapores que debían permanecer todo el invierno en el interior.

Lord Elgin, sin vacilar, envió á su intérprete con tres oficiales á Nankin, para que pidieran con altivez una satisfacción por el insulto hecho á la escuadra cuando habia pasado antes, lo mismo que si contara con los medios necesarios para vengar ese insulto.

La estratagema salió perfectamente; uno de los jefes, Tai-ping, se confundió en excusas sobre el choque sensible que habia tenido lugar, causado por la insubordinación de algunos artilleros á quienes no se habia dado ninguna orden de ataque; afirmó que después de la acción del 20 de noviembre, los soldados que se habian libertado de la metralla de los europeos habian sido decapitados en los bastiones, y prometió, en nombre del rey *divino* de los Tai-ping, que los extranjeros serian tratados como amigos en tanto que no hicieran causa comun con los imperiales.

De la larga conversacion que tuvo lugar con ese jefe y otros oficiales, se desprende que la insurrección está

agonizando en Nankin y en las ciudades del río, donde se sostiene aun en una superficie de sesenta leguas, aunque sitiada por todas partes por los imperiales.

No teniendo ya nada que temer de las baterías de Nankin, las dos cañoneras pasaron cambiando con ellas un saludo amistoso.

Desde allí los bancos y los escollos eran menos peligrosos, y el 1° de enero lord Elgin entraba de nuevo en Chang-Hai, muy satisfecho de su viaje de exploración. El público concluye de esto que en breve se proclamará la libre admisión del comercio extranjero en el puerto de Han-keu, si no es tambien en otros dos en las orillas del Yang-tze-Kiang, segun las estipulaciones del tratado de Tien-tsin.

EMILIA Y SU CARACTER.

No hay nada que sea mas útil á la educación, que debe ser objeto constante y de toda preferencia, tanto para los padres de familia como para los gobiernos, jefes aquellos y estos, cada uno en sus respectivas esferas, de dos diversas sociedades, la de la familia y la de la nación, como el estudio de algunos caracteres, que son como el reflejo del alma, el espejo en que se retratan los defectos y cualidades que se adquieren por medio de la enseñanza, con los hábitos domésticos, con las costumbres que vienen á constituir lo que se llama la segunda naturaleza, y acaso debiera ser algo mas que eso; porque, ¿qué somos nosotros si no el resultado de ese conjunto de condiciones en que nos formamos y nos movemos? ¿De dónde si no provienen esas diferencias que en tan larga escala separan al hotentote del hombre civilizado, hasta el punto de parecer que no corresponden á la misma especie, á la especie humana?

No queremos extender mas estas reflexiones, que nos llevarian muy lejos; no queremos penetrar en el vasto campo de las consideraciones que se presentan á nuestro espíritu apenas se pronuncia la palabra educación: no recordemos lo que pretende hacer en favor de la humanidad la frenología, presidiéndola; contentémonos con ofrecer á nuestros lectores, principalmente del sexo femenino, encerrado en un artículo de cortas dimensiones, un ligero estudio del carácter de Emilia, que es lo que el epigrafe prometia.

Empecemos por declarar que el carácter de Emilia no es imaginario, sino real y positivo. Hemos añadido algunos detalles de poca importancia, insignificantes, para que la persona á quien retratamos no pueda ser conocida, ni ser nuestra intencion sospechosa: no tenemos mas objeto que el de «instruir deleitando» á los que recorran este desaliñado escrito.

No hay cosa alguna que otrezca tan agradable imagen de la naturaleza humana, como la contemplación de la sabiduría y de la belleza: esta última es patrimonio peculiar, casi exclusivo de ese sexo que es por esa causa llamado el sexo hermoso; mas la reunion feliz de estas dos excelencias, belleza y sabiduría, en una misma persona, constituirian un carácter demasiado sobrenatural, celestial, casi divino para que se tropiece con él frecuentemente en este suelo.

La belleza se muestra arrogante, orgullosa, satisfecha de sí misma, y por lo tanto mira con soberana indiferencia toda clase de ornamentos, convencida como está de que no los necesita para brillar; de suerte que es tan poco lo que consulta sus verdaderos intereses, que á menudo se perjudica á sí propia haciendo traición á esa inocencia, que la hace tan amable y codiciada. Porque así como la virtud hace á una mujer hermosa aparecer mas hermosa todavía; así tambien la belleza hace que una mujer virtuosa sea realmente virtuosa en mayor grado. Y cuando nos ponemos á considerar estas dos perfecciones venturosamente unidas en una misma persona, no podemos prescindir de traer al punto á nuestra memoria la imagen de Emilia.

¿Quién ha podido contemplar jamás á la encantadora Emilia sin sentir súbitamente en su pecho el rayo del amor y la ternura de la virtuosa y dulce amistad? La gracia natural de su presencia y los gratos acentos de su voz os seducen y llevan insensiblemente á desechar un goce mas inmediato de ellos; pero su sonrisa encierra una silenciosa reconvención contra los impulsos de ese amor voluptuoso. Así, aunque los atractivos de su belleza influyen de un modo irresistible en vuestra alma, despertando el ardiente deseo, en el instante mismo os sentís corregido, no ciertamente por la severidad, sino por el decoro de su virtud. Aquella dulzura y buen humor que ostenta en su hermoso rostro se comunica naturalmente á todas sus palabras, á todos sus movimientos, á todas sus acciones; y necesita un hombre ser un salvaje para que, al ver á Emilia, no se sienta mas inclinado á hacer su felicidad que á satisfacer su propio deseo. Su persona, embellecida como con estudio por la naturaleza, adornada con gracias espontáneas, es conveniente alojamiento para un alma tan hermosa y amable como el cuerpo privilegiado que la encierra; en ella habitan la justa y moderada piedad, la modesta y racional esperanza, la alegre y tranquila resignación.

Muchas de las pasiones dominantes de la humanidad se cobijan inmediatamente bajo el manto de la religión, pretendiendo así ponerse en ejercicio con arreglo á la complejidad de aquellos en quienes residen: de tal ma-

nera que si por las apariencias hubiera de juzgarse, podría imaginarse que la religion equivale en algunos á morosidad y reserva, en muchos á miedo, en otros al disgusto que produce una organizacion melancólica; en estos á la formalidad y observancia de prácticas insignificantes; en aquellos á la severidad ó á la ostentacion. En Emilia, la religion es un principio fundado en la razon, que la esperanza alimenta; por eso no se manifiesta con arranques irregulares de devoción, sino que se expresa con inalterable uniformidad: es fiel observante sin severidad afectada; compasiva sin ser débil; reúne la perfección que produce esa serenidad que emana del alma, y que no es solo efecto de una buena constitucion física.

Por un sentimiento generoso de simpatía, peculiar de nuestra naturaleza, nos sentimos espontáneamente movidos á padecer cuando alguno de nuestros semejantes se halla bajo el peso de una aflicción; pero la ofendida inocencia y la belleza desconsolada son objetos que llevan en sí cierta cosa que conmueve de un modo irresistible; ablandan los corazones mas varoniles con las tiernísimas sensaciones del amor y la compasión, hasta el punto de confesar su humanidad, arrancando del pecho un raudal de lágrimas.

Si fuésemos nosotros á referir esa parte de la vida de Emilia, que le ha presentado ocasiones de ejercitar el heroísmo de sus sentimientos cristianos, tendríamos que hacer una narracion demasiado tierna y triste; pero cuando la consideramos sola en medio de sus desgracias, contemplando á través y mas allá de este misero valle de aflicciones, dolores y penas las glorias del cielo y la inmortalidad, y cuando la vemos en la conversacion distraida, pensativa y serena, como si fuese la criatura mas feliz del mundo, la grande admiracion que nos inspira, nos arrebatada, nos transporta. ¡Seguramente que jamás un alma tan filosófica habitó dentro de cuerpo tan hermoso! Porque es muy comun que la belleza sea privilegio concedido contra el pensamiento y la reflexion; por eso suele burlarse de la sabiduría y no quiere soportar los inconvenientes de la instruccion.

Si poseyésemos la capacidad suficiente para poner de relieve con sus propios colores y en su debida proporcion las virtudes de Emilia, podría juzgarse que era amor ó lisonja haber hecho el cuadro mas ancho que la vida; pero como es este un bosquejo imperfecto, de un carácter tan excelente, y como no podemos inspirarle ningun interés, cuanto digamos acerca de ella es y no podrá menos de ser alabanza imparcial, que nos arranca la deslumbradora brillantez de sus eminentes virtudes. Ejemplar tan raro de excelencia femenina no debe permanecer por ningun concepto oculto, sino que debe sacarse á luz, exponerse y presentarse á la consideracion del mundo para que le contemple, le admire y procure imitarle: porque ¡cuán amable no aparece el alma virtud cuando aparece visible en tan hermoso ejemplo!

¡Muy diferente giro han tomado las inclinaciones de Honoria! Sus pensamientos van siempre encaminados á ganar corazones, á conquistar y ejercer un poder ilimitado y arbitrario sobre sus galantes adoradores. Nadie negará con verdad que posee algun talento y hermosura; y merced á estas cualidades goza de la estimacion de sus relaciones como mujer de agradable presencia y conversacion amena; pero esto no es suficiente para Honoria, que considera esos títulos al respecto como pequeña adquisicion de poco valor, y exige que se le adore, que se le venera, que se le rinda el culto que se rinde á un ídolo; por esta razon su deseo natural de vivir se ve constantemente combatido con un temor frecuente de ver su rostro cubierto de arrugas por las injurias del tiempo y la vejez que necesariamente avanza.

No puede suponerse que Emilia esté ignorante de los encantos que posee, por mas que aparezca que lo está; pero no por eso fundará su felicidad sobre títulos tan deleznales, sobre condiciones tan precarias, hallándose su alma adornada con bellezas de una naturaleza mas elevada y duradera. Cuando la miramos en todo el esplendor de su juventud y su belleza, cercada por una multitud de adoradores, vemos que no se goza en sacrificar víctimas á su vanidad, que no se entretiene en dar falsas esperanzas que, no habiendo de realizarse, servirian únicamente para aumentar los tormentos de sus desengañados amantes; mas habiendo rendido culto por algun tiempo al decoro de una virginal reserva, y examinado el mérito de sus diversos pretendientes, por último satisfizo el suyo propio cediendo y consagrándose á la ardiente pasión de Bromio. Bromio poseía á la sazón muchas cualidades excelentes y una moderada fortuna, que mas adelante se vió inesperadamente aumentada con magníficos Estados. Estas considerables riquezas contribuyeron por mucho tiempo á provocar grandes desgracias, porque sirvieron en su inexperta edad para ofrecerle ocasiones de juntarse á malas compañías, y de traer una vida licenciosa. Por mucho mas largo espacio podría él haber vagado por los laberintos del vicio y la locura, á no haber mediado la prudente conducta de Emilia, que ejerciendo gran ascendiente sobre su espíritu, lo conquistó volviéndole al gobierno de su razon. Todo su talento ha sido constantemente empleado en domar las pasiones de Bromio y en inclinarlo á refinar sus placeres. Ella le mostraba con su propio ejemplo que la virtud se complace perfectamente con una libertad decorosa y con el buen humor, ó mas bien que no puede subsistir sin ellos. Su buen sentido la hizo descubrir pronto que un silencioso ejemplo y un aspecto afable y nada quejumbroso serán siempre mil veces mas persuasivos que la

severidad de los discursos y amonestaciones; y que hay tanto orgullo mezclado en este molde de la humana naturaleza, que un hombre obstinado necesita solo observar á otro y tomar de él ejemplo para corregirse por sí mismo. De esta manera, por medio de hábiles combinaciones y de imperceptibles persuasivas, habiéndola inducido primero á no sentirse disgustado, y á gustar despues de aquello de que antes no hubiera siquiera querido oír hablar, Emilia conoció cómo debía asegurar esta ventaja, aprobándolo como si fuera su propio pensamiento, y secundándolo como si hubiese sido propósito que hubiese salido de él mismo. Por estos medios ella cobró ascendiente en algunas de las principales pasiones de Bromio, y se allanó el camino para lograr su reforma.

No podemos tampoco prescindir de mencionar otra circunstancia particular en la conducta de Emilia. Tal vez parezca á algunos á primera vista poco digna de tomarse en consideración: por lo que á nosotros hace la juzamos digna en sumo grado de ser notada y recomendada especialmente al bello sexo. Frecuentemente hemos creído que el descuido en el vestir y la poca limpieza en la ropa blanca son la ruina del amor conyugal, y uno de los medios mas eficaces que pueden ser empleados para enagenarse el afecto de un marido, especialmente de un marido delicado. Hemos oído á algunas señoras que han sido sorprendidas por visitas en semejanza *deshabillé*, excusarse de este modo: «En verdad que me ruborizo de hallarme en este traje; pero mi marido y yo estábamos únicamente vestidos para nosotros mismos, no prometiéndome yo gozar de tan amable compañía.» Esto por de pronto es un gracioso cumplimento para el hombre que, diez veces contra una, lo contestará en términos duros y con serio continente, sin conocer que es lo que le pone de tan mal humor.

Esta observacion de Emilia nos enseña que, así como inadvertencias y descuidos ligeros empañan un gran carácter, así el desahño del traje, aun entre los amigos mas íntimos, rebajan poco á poco, insensiblemente, las mútuas consideraciones que se tienen, dando lugar á una familiaridad demasiado baja y despreciable. Emilia comprende la importancia de esas cosas que la generalidad califica de pequeñeces, y considera toda cosa como materia digna de ser tomada en cuenta, porque tiene cuando menos tendencias, sea á aumentar, sea á rebajar el afecto de su marido, á quien juzga como el objeto de su preferencia, para emplear su talento en agradarle, porque él debe ser complacido durante su vida.

Con el ayuda de estos medios y un millar de otros artificios sin nombre, mas fáciles para ella de practicar que para cualquiera otro de referir, con la firmeza inalterable de su bondad y su constante sumision, á despecho de todas sus aficciones, Bromio se ha hecho hombre de sentido y buen marido, y Emilia una esposa feliz.

¡Ángel de la guarda á cuyo cuidado han puesto los cielos á la querida Emilia! guiada en lo sucesivo por la senda de la virtud, defendida de la insolencia y los agravios de este irrespetuoso mundo; finalmente, cuando sea preciso renunciar á poseerla y á gozar de su pureza en la tierra, lleváosla dulcemente de aquí bajo, inocente é irreprochable, á mejor morada, en donde por una fácil transición del estado en que ahora se encuentra, pueda brillar como un ángel de luz.

Tal es el carácter de Emilia. Hemos dicho al principio que no es un ser ideal, fantástico, parto de la imaginación, sino un ente real, positivo, viviente entre nosotros. Hemos dicho que hemos añadido algunos detalles de poca importancia para no ofender su modestia descubriéndola y no parecer sospechosos. Al que parezca esto dudoso, al que juzgue que semejante carácter no es de estos tiempos, pues en todos se tiene la manía de juzgar los presentes como los peores, echando en olvido la historia, que señala los progresos de los siglos, al que crea que es demasiado perfecto para ser de este mundo, le diremos que no hemos hecho mas que sacar la de un libro viejo, muy viejo, mas viejo que la vida del hombre que mas longevidad ha alcanzado despues del diluvio. Mas no por eso debe juzgarse así el bello sexo, pues se inferiría á sí mismo un agravio. Así pues, si no existe, que si existirá, puede existir, y eso basta, mujer que á Emilia se parezca: y no una sino varias. Y no es preciso mas para que la ofrezcamos como modelo digno de imitarse. Y no deben desmayar nuestras lectoras. Facultades grandes poseen; dones les ha concedido el cielo capaces de realizar empresas mas grandes.

Porque al cabo, ¿qué hay que no esté á su alcance, en el carácter de Emilia? Todos los dias nos pintan los poetas y los novelistas heroínas que esas sí que serian difíciles de copiar. Y es fortuna, porque á nada conduciría. En la conducta de la nuestra no hay nada de eso. Una vida pacífica, tranquila, moderada, virtuosa sin afectación, modesta, que, doncella, se prepara para la vida conyugal, que, casada, le inspira la línea de conducta que ha de seguir para labrar la felicidad del esposo que ha escogido, y la suya propia. Y se es todo el fin de la mujer en la tierra. Ahí está el resumen de toda su sabiduría y de todas sus virtudes. No necesita mas para hacer su peregrinación por esta vida, como mujer, no como heroína de novela.

Ahí pues tiene el objeto de su imitación, su ideal.

Seguirlo es caminar paso á paso por la senda de la perfección, por el camino de la felicidad.

Tal vez se eche de menos que al retratar á Emilia no se haya hablado de los frutos de su matrimonio, si es que los hubo.

No era necesario entrar en mas pormenores. Acaso su historia no llegó mas allá, y eso acaso le dé mas verosimilitud á su carácter. Mas sea como quiera, quien de tal modo se preparó al matrimonio, quien supo buscar correctivo tan suave, á la par que eficaz, á los extravíos y disipaciones de su marido, ¡qué cuidado no pondría en la educación de sus hijos! Si el ejemplo es el mejor maestro del mundo, ¡quién podía tenerlo que aventajase ni aun igualase á los de esta noble, generosa, sencilla y virtuosa mujer!

Su historia debe recordar al bello sexo, no para envanecerlo, cuánto es su influjo sobre el hombre; cuánto es el poderío de esa mitad del género humano, que no sabemos porqué se llama débil, pues él preside los destinos de toda la humanidad.

¿Qué otra cosa significa si no aquella sentencia tan conocida:

«El hombre hace las leyes: la mujer forma las costumbres»?

Y cuando las leyes no son la expresión verdadera, la interpretación genuina de sus costumbres, cuando leyes y costumbres andan encontradas, discordes, ¿á quién si no á las costumbres pertenece el imperio?

Pues de esa suerte se ve que el dominio de la tierra pertenece á la mujer.

Por eso nos interesa tanto su educación.

J. ESPAÑA.

Revista de Paris.

El viernes último se reunió con la solemnidad acostumbrada la Academia francesa para la recepción de M. Victor Laprade. Una concurrencia numerosa y brillante asistió á esta ceremonia. M. Laprade, elegido para el puesto que dejó vacante Alfredo de Musset, pronunció el elogio de su predecesor, asunto bellísimo sin duda, pues Alfredo de Musset ha sido uno de los hombres de talento mas original, mas fino, mas natural y mas variado que ha habido en nuestra época. El orador cautivó á su auditorio; y así se esperaba de un poeta elogiando á otro poeta, si bien entre ambos genios se notan mas los contrastes que las afinidades.

Pero justamente esta diversidad recomendó fuertemente á M. Laprade. Así lo declaró M. Vitet, encargado de contestar al nuevo académico.

«Lo mejor entre escritores, le dijo, con tal de que se hallen de acuerdo acerca de dos ó tres principios grandes y eternos, es no parecerse. Digan lo que quieran, no tenemos aquí ninguna inclinación á la uniformidad. Somos una galería viva de cuarenta retratos que por desgracia preciso es reemplazar sucesivamente. Cuantas veces perdemos uno, tratamos por todos los medios posibles de no adquirir su copia. Cuanto mas le queríamos, cuanto mas orgullo nos inspiraba, tanto mas procuramos no darle un sucesor que se le parezca. En lugar de su equivalente preferimos su antítesis, y esta condicion era en vos un título particular, una verdadera aptitud á la gloriosa herencia que sorprende á vuestro genio modesto.»

M. de Laprade trató de hacer justicia á M. de Musset, á quien no conoció personalmente y que no era su hermano en poesía. Su tarea presentaba pues grandes dificultades, que fueron vencidas con aplauso general de los oyentes.

M. Vitet, director de la Academia francesa, dió una excelente contestación al discurso de M. de Laprade.

Con mucha imparcialidad y sumo acierto enumeró las cualidades literarias de este poeta, poco popular sin duda por la elevación de sus pensamientos, y á quien han llamado un «Lamarline campestre.»

Es indisputable que M. de Laprade es un discípulo de Lamartine, y un discípulo un tanto exagerado; se complace mas en las visiones y en los sueños que el autor de las *Meditaciones*; quizá se ha aislado demasiado tiempo contemplando las montañas, los desiertos, las noches silenciosas, el ideal y la naturaleza; quizá, por último, ha hecho mal en prestar á los rios, á las flores, á los árboles y á las yerbas solitarias una voz y sentimientos que solo pertenecen al hombre, y estas ficciones atrevidas chocan mucho en una sociedad como esta, tan positiva y tan irónica.

Pero en cambio M. Victor Laprade es un gran poeta y debe figurar entre los hombres mas notables de nuestro tiempo. Con mucha razón le dijo M. Vitet:

«Si tuviera que indicar con una palabra lo que os distingue de los demás poetas, diría que habeis introducido en el idilio la inspiración y la grandeza épicas. No por eso habeis excluido de él la gracia y la frescura; se conoce sin duda que es idilio, pero se encuentra en el fondo un sentido profundo, no sé qué gravedad que parece pertenecer al lirismo de las primeras épocas de la poesía. En vuestros cantos pastorales se reconoce el espíritu de los salmos: de vuestros conciertos campestres se exhalan himnos y plegarias, y en esa mezcla de melodías opuestas, de modos contrarios, no se nota por vuestra parte ni sistema ni esfuerzo ninguno.»

Despues de analizar rápidamente las obras de M. de Laprade *Psyché*, las *Symphonies*, los *Idylles heroïques*, los *Poèmes évangéliques*, M. Vitet pasó á retocar el retrato de Alfredo de Musset con tino y delicadeza.

Segun M. Vitet, la desgracia mayor del jóven poeta es la precocidad maravillosa de su genio, el aplauso general que excitan sus primeras obras. Caro le costó este rápido triunfo;

pues comunmente, solo se conocen de él los *Contes d'Espagne* y de *Italie*, las *Comedies* y los *Proverbes*.

Pero al lado del autor popular queda por descubrir y por estudiar aun, un escritor triste y visionario, un filósofo, el autor de las *Nuits*, de *l'Espoir en Dieu* y de la *Épître à Lamartine*.

Volvamos al discurso de M. Laprade, donde hallamos admirablemente trazado el carácter de religiosa tristeza que distingue á estas últimas obras.

«Conservaba sus preferencias, dice M. Laprade, para la inspiración melancólica ó apasionada, y así llegó á su mas alta elocuencia en las cuatro elegías de las *Nuits*, que son á la vez el coronamiento de su obra y los cimientos de una obra nueva. Aquí la pasión inspiradora se ha purificado, y el horizonte ha extendido sus límites. Una melancolía sin amargura se mezcla ya con los mas nobles deseos, con los pensamientos mas elevados. La musa se aprovecha de los dolores del poeta y se prepara á consolarle en su unión rejuvenecida y fecunda en promesas gloriosas.

» De ello daba una prenda maravillosa en la *Épître à Lamartine*. Aquí la duda y las sombrías angustias de *Rolla* se pierden en un destello sublime, en la afirmación del alma inmortal tan digna del Soberano á quien va dirigida.

» Arrastrado por esas aspiraciones ardientes, el poeta ya medio convertido se dispone á atravesar un espacio mas ancho aun, acercándose mas y mas del ideal que entreve y de la verdad que adivina. Las almas sumergidas en la duda podrían elegir por símbolo las páginas admirables de su poesía *Espoir en Dieu*...

» A un alma tan impetuosa y de una intención tan recta, le fué negado un socorro de que todos necesitamos, el apoyo de una época menos indecisa que la actual, la luz de una conciencia pública. Sostenido por una tradición mas pura y firme, habría salvado el último escalon que le separaba aun de las creencias indispensables para las grandes inspiraciones. Así habría adquirido fuerzas para la nueva obra tan gloriosa comenzada con las *Nuits* y *l'Espoir en Dieu*.

» Otro testimonio nos queda de todo lo que hizo, de todo lo que sufrió por merecer ese favor precioso de una transformación y de una vena poética reanimada. Testimonio bien triste en verdad y mas irrecusable en su corta sencillez que la plegaria de *l'Espoir en Dieu*. Todo el mundo ha leído con emoción estos versos hallados al lado de su cama despues de una noche de dolor, y que se han grabado en la memoria de sus amigos como un testamento. Su efusión postrera es un pensamiento religioso y una lágrima:

J'ai perdu ma force et ma vie,
Et mes amis et ma gaité;
J'ai perdu jusqu'à la fierté
Qui faisait croire à mon génie.

Quand j'ai connu la vérité,
J'ai cru que c'était une amie;
Quand je l'ai comprise et sentie,
J'en étais déjà dégoûté.

Et pourtant elle est éternelle,
Et ceux qui se sont passés d'elle
Ici-bas ont tout ignoré.

Dieu parle, il faut qu'on lui réponde.
Le seul bien qui me reste au monde
Est d'avoir quelquefois pleuré.

(He perdido mi fuerza y mi vida, — mis amigos y mi alegría, — he perdido hasta el orgullo — que hacía creer en mi genio. — Cuando conocí la verdad, — creí que era una amiga; — cuando la comprendí y la sentí, — estaba ya bastiado de ella. — Y sin embargo, la verdad es eterna; — y aquellos que la desconocen, — lo ignoran todo en el mundo. — Dios habla, la respuesta es precisa; — el único bien que me queda en el mundo, — es el de haber llorado algunas veces.)

» De este modo pues, continúa M. de Laprade; en su primera efervescencia, Alfredo de Musset eligió el dominio de la fantasía y la pasión; se burló con su voluptuosa indiferencia de todo entusiasmo severo, y entró en la poesía con todas las gracias, con toda la impetuosidad de la juventud. Un aplauso unánime le anima á proseguir en esa vía; y no obstante, guiado únicamente por la inclinación de su noble naturaleza, se preocupa y se atormenta con las grandes cuestiones que habian excitado su sonrisa. A un tiempo descubre sus dolores mortales y su esperanza infinita, y termina su obra y su vida con esa confesión sublime y desgarradora. En ese grito del alma dijo la verdad; su mayor bien, quizá su mayor gloria está en esa lágrima sagrada que nos da á conocer su íntimo secreto, y cuya pureza se refleja en todas sus obras. ¡Noble dolor á que dió libre curso tantas veces y que llama con acierto: el tormento del infinito!

» Mucho vale esta tristeza religiosa; ella constituye hoy nuestra grandeza á falta de las alegrías que dan las creencias arraigadas; ella marca un abismo entre la duda sin salida donde se encerraban los hombres irónicos del pasado siglo, y la incertidumbre llena de esperanzas, de donde se lanza el espíritu contemporáneo... La duda moderna en sus inquietos ardores es un acto inmenso de deseo, un llamamiento generoso al ideal desconocido... El escepticismo se resuelve hoy en una plegaria. — De este modo aparece la duda en el autor de *Rolla*, de las *Nuits* y de *l'Espoir en Dieu*.

Este análisis filosófico del carácter que distinguió al poeta Alfredo de Musset, es sin duda la parte mas notable del discurso del nuevo académico.

El célebre Alejandro de Humboldt pide que se haga público por medio de la prensa un deseo que por nuestra parte nos apresuramos á satisfacer, y es el que se manifiesta en la carta siguiente:

«Agobiado con una correspondencia que se aumenta todos los dias y que comprende por término medio de 1,600 á 2,000 números anualmente (cartas, impresos sobre objetos que me

son completamente extraños, manuscritos sobre los cuales me piden mi opinión, proyectos de emigración y de colonización, envíos de modelos, de máquinas y de objetos de historia natural, preguntas sobre la navegación aérea, peticiones de autógrafos, ofrecimientos de cuidarme, de distraerme, etc.), repito otra vez públicamente á las personas que me estiman, que se ocupen menos de mi persona en ambos continentes, y que no miren mi casa como una agencia, á fin de que me quede un poco de sosiego para poder trabajar, en medio de la disminución que experimento de mis fuerzas físicas é intelectuales. Suplico que esta invitación á que me he decidido con sentimiento, no sea interpretada con malevolencia.

» Berlín 13 de marzo de 1859.

« A. DE HUMBOLDT. »

Cuatro palabras sobre los dibujos



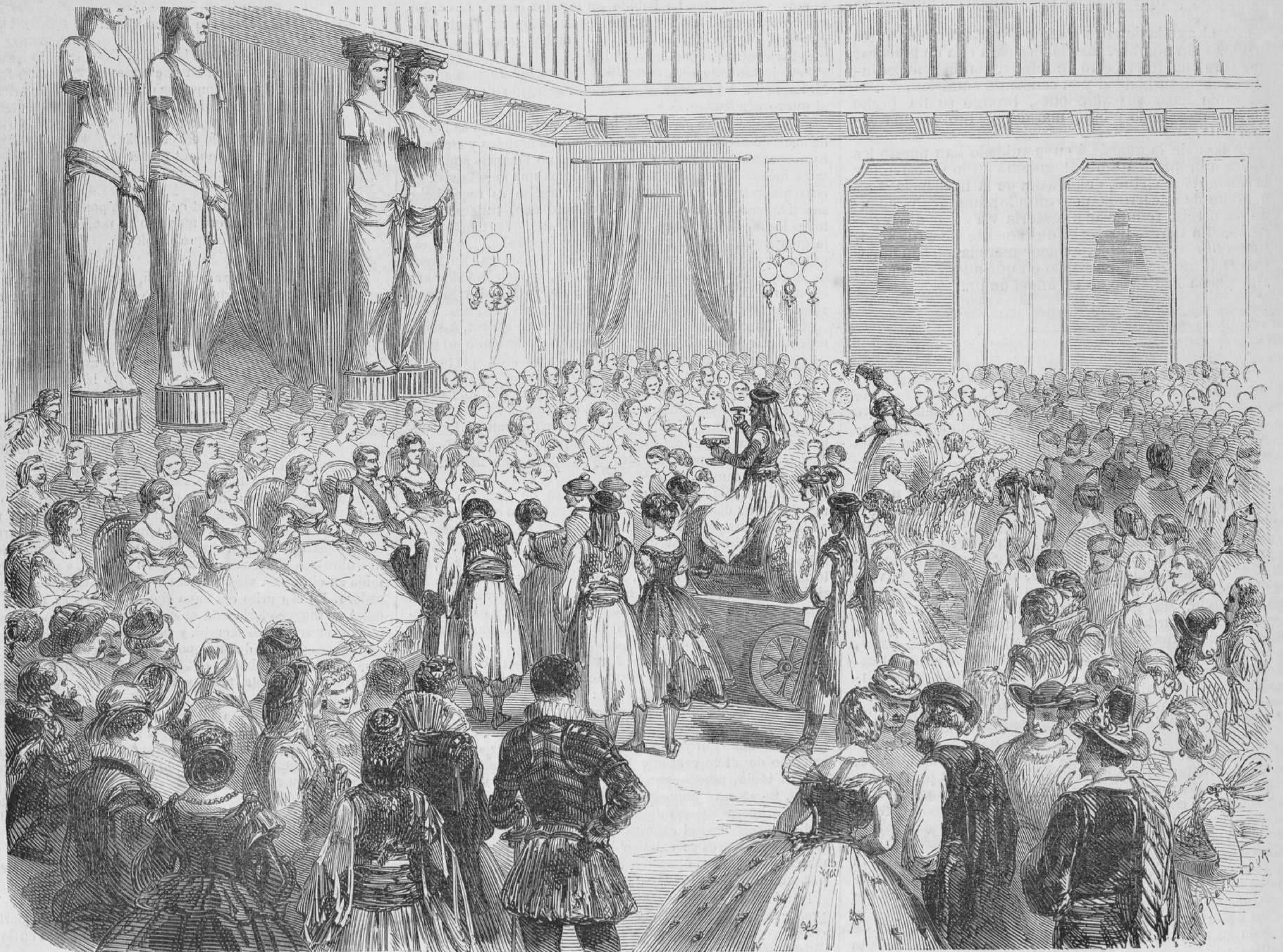
DECORACION DE LA SALA DE LA CENA EN EL BAILE DE TRAJES DEL PALACIO DE TULLERIAS.

que se ven en esta página y la siguiente.

Los dos primeros son relativos á la fiesta que se dió en Tullerías el 7 de marzo. Era un baile de trajes organizado por S. M. la emperatriz Eugenia. El lujo de esta gran fiesta excede á todo lo que se ha visto. Llamaron extraordinariamente la atención dos carros llenos de flores, uno dirigido por la condesa de Morny en el que iban con ella la condesa Walewska y la duquesa de Cadora, y otro por la condesa de Tascher que llevaba una comparsa de bohemias.

La cena se sirvió en la sala del teatro, trasformada en un hermoso jardín de plantas tropicales. Habíanse dispuesto muchas mesas presididas por la familia imperial y otras señoras.

La primera la presidia el emperador teniendo enfrente al príncipe Napoleon, á la derecha á la princesa y á la izquierda



BAILE DE TRAJES DADO EN EL PALACIO DE TULLERIAS EL 7 DE MARZO DE 1859.



ACADEMIA IMPERIAL DE MUSICA DE PARIS. — HERCULANUM, opera en 4 actos de M. F. DAVID. — Cuadro final.

á la condesa Walewska. La segunda la presidía la emperatriz, que tenía á su derecha al embajador de Austria, y á su izquierda al señor don Alejandro Mon, embajador de España; mas allá estaban el conde de Morny y el guardasellos.

La tercera mesa estaba presidida por la princesa de Saboya, á cuyo lado estaba el ministro de Cerdeña.

A la cabeza de la cuarta figuraba la princesa Matilde, que tenía á los lados al conde Walewski y al ministro del Interior.

La duquesa de Cadora se hallaba en otra mesa con las señoras de su carro y la de Tascher con sus bohemias.

Se acaba de estrenar en el teatro de la Grande Opera una obra de Feliciano David titulada *Herculano*, que ha obtenido grandes aplausos en las primeras representaciones. Es una gran composición musical como las que componen el repertorio de ese teatro y que exigen un detenido estudio antes de ser juzgadas con acierto. Por hoy nos limitamos á señalar el triunfo que ha obtenido, y á fin de que nuestros lectores tengan una muestra de sus magnificencias decorativas, damos en la página anterior la vista del cuadro final cuando las erupciones volcánicas comienzan á sepultar bajo su lava ardiente la ciudad de Herculano. Es imposible imaginar nada mas grande y asombroso.

MARIANO URRABIETA.

NADIE DIGA DE ESTA AGUA YO NO BEBERÉ

PROVERBIO EN TRES ACTOS

POR M. ALFREDO DE MUSSET.

(Continuacion.)

CECILIA.

No la conocéis, Valentin. Un dia la amareis cuando vivais con nosotros; la bendecireis y seguireis sus pasos.

VALENTIN.

¡Tierna criatura! adivino tu corazon; ¿haces muchas limosnas, no es verdad?

CECILIA.

Sí, y mi madre me ha enseñado á hacerlas; no hay en el mundo una mujer que valga lo que ella vale.

VALENTIN.

No lo habria creído.

CECILIA.

¡Ay! amigo mio, ni vos ni nadie conoce lo que hay en su corazon. Quien ha visto á mi madre un cuarto de hora, cree poder juzgarla por algunas palabras dichas al acaso. Pasa el dia jugando á las cartas y borda de noche; ni por un príncipe dejaria los naipes; pero que entre el mayordomo y la hable al oido, y vereis que pronto se levanta, si quien espera es un pobre. ¡Cuántas veces he visto en la iglesia que los ojos de los infelices se llenaban de lágrimas cuando los miraba mi madre! ¡Ah! tiene derecho para ser orgullosa..... pero alguien anda cerca de nosotros.

VALENTIN.

No; ¿tienes miedo?

CECILIA.

¿De quién podria tenerle? ¿De vos ó de la noche?

VALENTIN.

De mí quizá; soy jóven, tú eres bonita... y estamos solos.

CECILIA.

¿Y qué mal hay en eso?

VALENTIN.

Es verdad; no hay mal ninguno. Oyeme, y deja que me ponga de rodillas.

CECILIA.

¿Qué teneis? Temblais.

VALENTIN.

De temor y de júbilo, pues voy á declararte todo lo que hay en el fondo de mi corazon. Soy un loco y lo he sido siempre. Me has dicho que no te gustan las novelas; yo he leído muchas y de las peores. Hay una que se titula Clarisa Harlowe; la leerás cuando estemos casados... El héroe ama á una hermosa jóven como tú y quiere casarse con ella; pero antes se empeña en someterla á una prueba. La roba y se la lleva á Londres; y luego, como resiste, llega Bedford... es decir, Somlinton, un capitán... no, me engaño... en fin, para abreviar, Lovelace es un necio, y yo tambien porque he querido imitarle. Gracias á Dios, no me has comprendido... Te amo y me caso contigo... fuera de las divagaciones amorosas no hay nada de verdad en el mundo.

ESCENA VI.

VALENTIN, VAN BUCK, EL ABATE, LA BARONESA, CECILIA.

LA BARONESA.

No creo una palabra de lo que dices; es demasiado jóven para tales infamias. Seducir á mi hija! Esas co-

sas no se hacen... Pero hélos aquí... ¡Qué grupo tan gracioso!... Buenas noches, mi querido yerno... ¿Dónde diablos os escondéis?

EL ABATE.

¡Lástima que hayamos tardado tanto en encontrarlos. Todo el mundo se habrá marchado ya.

VAN BUCK.

Y bien, señorito, ¿qué tal la apuesta?...

VALENTIN.

Querido tío, no se debe desafiar á nadie.

VAN BUCK.

Querido sobrino: Nadie diga de esta agua yo no beberé.

FIN.

CARMOSINA

POR M. ALFREDO DE MUSSET.

PERSONAJES.

PEDRO DE ARAGON, rey de Sicilia.

MAESE BERNARDO, médico.

MINUCCIO, trovador.

PERILLO, jóven abogado.

VESPASIANO, caballero de fortuna.

Un oficial del palacio.

MIGUEL, criado en casa de maese Bernardo.

Pajes, escuderos, etc.

LA REINA CONSTANZA, mujer del rey Pedro.

FRANCISCA, mujer de maese Bernardo.

CARMOSINA, su hija.

Camaristas y doncellas de la reina.

La accion pasa en Palermo.

ACTO PRIMERO.

Una sala en casa de maese Bernardo.

ESCENA PRIMERA.

MAESE BERNARDO, FRANCISCA.

FRANCISCA.

Hazme el favor de dejar esas drogas y de oír lo que te digo.

BERNARDO.

Hazme el favor de no decirme nada.

FRANCISCA.

Como quieras; el resultado de esos medicamentos y de tu obstinacion será verla morir en nuestros brazos.

BERNARDO.

Si mis remedios nada pueden, menos podrá tu charlataneria; pero es tu único pasatiempo el inundarme con discursos inútiles... A Dios gracias, la paciencia es una gran virtud.

FRANCISCA.

Si quisieras á tu pobre hija, pronto estaria curada.

BERNARDO.

¿Porqué me dices eso? ¿Estás loca? ¿No ves lo que estoy haciendo desde por la mañana hasta por la noche? ¡Pobre alma mia!... ¡Si la amo!... Dime, ¿no es bastante el ver sufrir á la hija de mis entrañas sin tener siempre encima tus eternas recriminaciones? Cualquiera que te oyera diria que yo soy causa de todo el mal... ¿Quién puede explicar esa melancolía que la mata? Malditas sean las fiestas de la reina y vayan al diablo los torneos.

FRANCISCA.

Siempre con la misma cancion.

BERNARDO.

Ya lo creo; nadie me sacará de la cabeza que cayó enferma un domingo de vuelta de una zambra. Aun me parece que la estoy viendo cómo se sentó ahí, pálida, pensativa... ¡cómo miraba sus piecitos cubiertos de polvo!... No dijo una palabra, y no quiso asistir á la cena.

FRANCISCA.

¿Sabes el único remedio? te lo diré en tus barbas. Un buen mozo y un anillo de oro.

BERNARDO.

Si eso fuera, ¿porqué diria que no á todos los que piden su mano? ¿Porqué no quiere ni oír hablar de Perillo que era su amigo de infancia?

FRANCISCA.

Porque no la gusta y hace bien... déjame gobernar el asunto; yo la propondré un novio á quien dirá que sí.

BERNARDO.

Conozco al sugeto, y no lo permito. ¡Buen perillan!

FRANCISCA.

Sí, ya verás lo que sucede.

BERNARDO.

No sucederá nada. En este mundo hay muchas cosas que tomar en consideracion. Yo no soy un gran señor, pero soy un médico de fama, rico, muy rico para esta ciudad; tengo en el arca algunas talegas bien repletas y bien guardadas... No venderé á mi hija, pero tampoco la daré á quien nada posea, ¿entiendes ahora?

FRANCISCA.

Haras muy bien; tu hija morirá por esas consideraciones, si es que no muere con los medicamentos que la preparas. Por Dios, deja esa botella, no envenenes mas á esa pobre criatura, ¿no ves que desde hace dos meses todo eso no produce efecto ninguno? Tu hija está enferma de amor, lo sé de buena tinta; ama á Vespasiano, y todas las medicinas no impedirán que le ame.

BERNARDO.

Mi hija no es tonta y Vespasiano es un necio; ¿qué puede hacer un asno con una flor?

FRANCISCA.

No eres tú quien se ha de casar... raciocina un poco con sensatez. ¿No convienes en que tu hija cayó enferma al volver de las fiestas de la reina? — ¿No habla de esas fiestas sin cesar? ¿No saca á cada instante la conversacion sobre los caballeros, sobre la destreza del uno, sobre la arrogancia del otro? ¿Es extraordinario que una jóven sin experiencia sienta latir su corazon de repente á la vista de tantas armas brillantes, de tantos caballos y tantas banderas, al sonido de los clarines, al ruido de las espadas? ¡Ah! ¡cuando yo tenia sus años!...

BERNARDO.

Entonces nos casamos, y no me acuerdo que hubiera trompetas.

FRANCISCA.

Lo sé, pero mi hija es mi sangre. Ahora, ¿porqué la interesan esas fiestas? ¿A quién busca ella en la muchedumbre si no es á las personas que conoce? ¿Qué otro entre nuestros amigos puede llamar mas su atencion que el hermoso, el galante, el invencible Vespasiano?

BERNARDO.

Sí, á la primera lanzada mordió el polvo.

FRANCISCA.

El caballo tiene la culpa.

BERNARDO.

Puede ser; lo cierto es que rodó de lo lindo.

FRANCISCA.

¡Y el aire con que se levantó!

BERNARDO.

¡Buen aire! El de un hombre que tiene la comida en el estómago y se encuentra bien en el suelo. Si semejante espectáculo enfermó á mi hija, cierto que no fué de amor. Vamos, la voy á llevar esto.

FRANCISCA.

Haz lo que quieras; te prevengo que le he convidado á cenar. Tu hija estará con nosotros que tenga hambre ó no, y juzgarás por tí mismo de sus sentimientos.

BERNARDO.

Si fuera verdad lo que dices, ella hablaria. ¿Soy acaso algun tirano? ¿He negado en mi vida alguna cosa á mi hija, mi único tesoro? ¿Puede caer una sola lágrima de sus ojos sin que todo mi corazon... ¡Justo cielo! antes que verla morir sin decir una palabra... ¡Vamos, creo que me vuelvo loco! (Se van cada cual por una puerta.)

ESCENA II.

PERILLO, solo.

¡Nadie! Me parecia haber oido hablar en este cuarto. Las llaves están en las puertas, la casa desierta... ¿Qué significa esto? Al atravesar el patio he tenido un presentimiento... Nada se asemeja tanto á la desgracia como la soledad... apenas me atrevo á moverme... ¡Ay! vengo de tan lejos, solo... y sin embargo, habia escrito, pero veo que no me esperaban. ¿Cuántos años hace que salí de aquí? ¿Seis años? ¿Me reconocerá? ¡Justo cielo! ¡cómo palpita mi corazon! En esta casa de nuestra infancia á cada paso me detiene un recuerdo. Esta sala, estos muebles, hasta las paredes, todo me es tan conocido... ¿pero cómo es que en medio de mi encanto siento una inquietud que me hace temblar? Ahí está la puerta del jardín y esta... Mucho camino he andado para llamar á ella y ahora vacilo... ¡Justo cielo!

¡Ahí está mi destino... ¡ahí está el anhelo de toda mi vida, el premio de mi trabajo, mi esperanza suprema! ¿Cómo me recibirá? ¿Qué dirá? ¿Estaré olvidado? ¿Estaré en su pensamiento? ¡Ah! mi inquietud se aumentará en esas dos palabras, el amor ó el olvido... Valor pues; la veré, me dará su mano; ¿no es mi prometida? ¿No tengo la palabra de su padre? ¿No me fui contando con ella? ¿No he cumplido yo con todas las mías?... Y ahora... no, mis dudas son injustas; no puede ser ella infiel al pasado... Su noble corazón está lleno de honor, así como rebosa en su rostro la hermosura... ¿Quién sabe? Quizá me espera, y dentro de un instante... ¡Oh, Carmosina!

ESCENA III.

PERILLO, BERNARDO.

BERNARDO.

¡Silencio! está durmiendo; con unas cuantas horas de reposo se ha salvado.

PERILLO.

¿Quién?

BERNARDO.

Sí, al menos así lo creo.

PERILLO.

¿De quién habláis?

BERNARDO.

¿Eres tú, Perillo? ¡Ay! mi pobre hija está muy enferma.

PERILLO.

¿Carmosina! ¿Cuál es su enfermedad?

BERNARDO.

Lo ignoro. ¡Ah! ¡Vuelves de Padua!... Parece ser que has concluido tus estudios, pasado tus exámenes... eres doctor en derecho... harás carrera... has cumplido tu palabra, amigo mío; te fuiste buen estudiante y vuelves hecho un sabio... ¡Ay! mi pobre hija está muy enferma.

PERILLO.

¿Qué tiene? decídmelo por Dios.

BERNARDO.

Te he dicho que lo ignoro. ¡Qué alegría la de volverte á ver! pero es muy triste esta alegría... ¿por qué vienes? Hemos convenido tu padre y yo que te casarías con mi hija en cuanto tuvieras una profesión... has trabajado mucho, ¿no es verdad? Tu corazón no ha cambiado seguramente, ni el mío tampoco... pero ahora... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

PERILLO.

Vuestras palabras me estremecen... ¿Su vida peligra?

BERNARDO.

¿Quieres matarme á mí haciéndome repetir cien veces que lo ignoro? Está muy mala, Perillo, está muy mala.

PERILLO.

Y un hombre tan experimentado y tan docto como vos...

BERNARDO.

Sí, sí, todo el mundo dice lo mismo. ¿Creen pues que poseo la panacea universal y que la muerte no se atreve á entrar en la casa de un médico? No me he fiado en mi ciencia; he llamado á muchos doctores y aun á muchos empíricos y hemos tenido diez consultas. Todo en vano; la naturaleza que mina y destruye cuando quiere ocultarse, es impenetrable. Que nos enseñen una llaga, una herida abierta, una fiebre ardiente; entonces triunfamos... Cien veces hemos visto lo mismo, y el hábito indica el remedio; pero cuando la causa del mal no se descubre, cuando la mano, los ojos, los latidos del corazón, la superficie humana nada dicen; cuando una joven de diez y ocho años, hermosa como un lucero y fresca como una flor, se pone pálida y como un lucero y fresca como una flor, se pone pálida y como un lucero, y al preguntarla qué es lo que tiene responde: «Me muero,» y nada más, entonces nuestra ciencia no es más que esterilidad y mentira... Mil veces he buscado con avidez el secreto de su dolor en el dolor mismo... Pero nada me respondía; ni una señal, ni un indicio claro y visible, nada delante de mis ojos mas que el dolor mudo, pues la pobre criatura no se queja nunca... y yo con el corazón angustiado, convencido de mi inutilidad, contemplo los estantes empolvados donde hace tantos años tengo reunidos los miserables productos de la ciencia... Quizás, me digo, existe ahí un remedio que la salvará, una gota de cordial, una planta saludable... pero ¿cuál es? ¿cómo adivinarla?

PERILLO, aparte.

Mis presentimientos no eran infundados. (Alto.) Lo que me decís es horrible. ¿Me será permitido ver á Carmosina?

BERNARDO.

Sí, cuando se despierte; pero está muy débil, amigo mío. Quizá será bueno prepararla antes, pues la menor

emocion la cansa tanto, que á veces la priva de sentido. Te ha querido, te quiere todavía, debías casarte con ella... hay que prepararla como te he dicho.

PERILLO.

Como gustéis. ¿Deseáis que me aleje por algunos días? ¡Hablad, padre mío, obedeceré!

BERNARDO.

No, quédate aquí. ¿No eres también de la familia?

PERILLO.

Contaba con ello, y con daros siempre el nombre de padre que á mas me permitireis.

BERNARDO.

Sí, sí, quédate siempre con nosotros.

PERILLO.

Pero habeis dicho que mi presencia puede ser perjudicial... Aunque mi visita no debiera causar mas que un instante de padecimiento, la impresion mas débil, la palidez mas ligera en su rostro adorado, ¡Dios mío! antes que costarla una lágrima, preferiría volverme y desterrarme de aquí para siempre.

BERNARDO.

Nada temas, yo lo arreglaré todo.

PERILLO.

¿Quereis que me establezca en otro barrio de la ciudad? Podré hallar casa en un arrabal (ya la tenia antes de ser huérfano), y en ella permaneceré encerrado todo el día, á fin de que todo el mundo ignore mi regreso; únicamente por la noche ó por la mañana muy temprano vendré á llamar á vuestra puerta para saber cómo está, pues sin eso no podría... ¿con que padece mucho?

BERNARDO.

¿Lloras, hijo mío? Oyeme pues, y no te desconsueles tan pronto; esa enfermedad incomprendible ahora, quizá no lo será siempre. Ahora está durmiendo, y ya te he dicho que eso me da esperanzas... ¿Quién sabe? Con muchas precauciones y á fuerza de cuidados... Ante todo, evitemos que te vea sin estar preparada; en el estado en que se halla, no me atrevería yo á responder...

ESCENA IV.

LOS MISMOS, FRANCISCA.

FRANCISCA.

Tu hija se acaba de despertar y quiere... ¡Ah! ¿sois vos, Perillo? Me alegro mucho veros. (Perillo saluda.) (Aparte.) Otro novio importuno. Podría habernos dispensado de su visita... (Alto á su marido.) Tu hija quiere ir al jardín.

BERNARDO.

¿Qué dices? ¿Es cierto? Hace tres días que apenas puede sostenerse.

FRANCISCA.

Se ha levantado, se siente mejor, el sueño ha descargado su cabeza; quiere andar y respirar un poco.

BERNARDO.

¿De veras? (A Perillo.) Ya ves, mi querido Antonio, que yo no te engañaba. ¡Cambio feliz! Retírate un instante, que va á entrar en la sala.

PERILLO.

¿Y por eso debo alejarme? Si me atreviera á pedirnos una cosa?

BERNARDO.

¿Cuál es?

PERILLO.

Permitidme que la vea; me ocultaré detrás de esa cortina un momento para verla pasar.

BERNARDO.

Está bien, pero no salgas á menos que yo te llame; quiero hacer lo que pueda en tu favor, y tú, Francisca, no digas una palabra.

FRANCISCA.

No hay cuidado; así como así, me muero yo por dar malas noticias... Aquí está; voy á llevar al jardín el sillón; le pondré junto á la fuente. (Perillo se oculta detrás de unas cortinas.)

ESCENA V.

BERNARDO, PERILLO oculto, CARMOSINA.

CARMOSINA.

Padre mío, estais inquieto, me mirais con sorpresa... ¿no esperabais verme levantada?... Sin embargo, aquí estoy. (Le da un beso.) ¿Me reconocéis?

BERNARDO.

Tiemblo de júbilo y de temor también... ¿Estás segura que el valor no te engaña?

CARMOSINA.

¡Oh! ¿quería sorprenderos mas aun; pero veo que mi madre me ha descubierto. Quería ir al jardín sola y

enviaros á llamar con un recado diciendo que una hermosa señora de Palermo os pedía una entrevista. Os habriais vestido de terciopelo negro, con el gorro nuevecito, y como que tenia una careta... ¿Qué habriais dicho?

BERNARDO.

Que no hay una criatura tan hechicera como tú.... ¡Ay! ¡mi querida Carmosina, cuánto tiempo hace que no te he visto sonreír!

CARMOSINA.

Sí, estoy muy alegre y me siento muy ligera... ¿sabéis porqué?... he tenido un sueño. ¿Os acordais de Perillo?

BERNARDO.

Seguramente, ¿qué quieres decir? (Aparte.) ¡cosa extraña! Nunca me ha hablado de él.

CARMOSINA.

He soñado que estaba en el umbral de nuestra puerta; se celebraba una fiesta muy hermosa y yo veía á las personas de la ciudad que pasaban delante de mí con todas sus galas, las señoras, los caballeros... No, me engaño, eran personas como nosotros; primero nuestros amigos y nuestros vecinos, y luego una muchedumbre, una muchedumbre innumerable que bajaba por la calle Mayor y que se renovaba incesantemente... todo el mundo se dirigía hácia la iglesia que resplandecía de luces. Yo oía de lejos el ruido del órgano, los cánticos sagrados y una música celeste de arpas y de voces tan suaves, que nunca sonidos semejantes habian resonado en mis oídos. La muchedumbre se mostraba impaciente por llegar pronto á la iglesia, como si en ella tuviera lugar algun gran misterio único, que solo podría verse una vez. Mientras miraba yo todo eso, una inquietud extraña se apoderaba también de mí; pero no tenia deseos de seguir á la gente. En el fondo del horizonte en una vasta llanura rodeada de montañas, distinguía yo un viajero que andaba con mucho trabajo por el polvo; se apresuraba cuanto podia, pero adelantaba con mucha lentitud, y notaba yo claramente que queria acercarse á mí. Yo le esperaba; me parecia que era él quien debia llevarme á la fiesta. Conocía su deseo y participaba de él; ignoraba cuáles eran los obstáculos que le detenian, pero en mi pensamiento unia mis esfuerzos á los suyos; mi corazón latía con violencia, y sin embargo, permanecía inmóvil, sin poder dar un paso hácia él. No sé cuánto tiempo duró esta vision; quizá duró un minuto, pero en mi sueño eran años. Por fin se acercó á mí y me tomó la mano; al punto la fuerza irresistible que me tenia clavada en el suelo cesó de repente y pude andar; un júbilo inexplicable se apoderó de mí, había roto mis cadenas, estaba libre. Cuando salimos corriendo entrambos con la rapidez de una flecha, yo me volví hácia mi fantasma y reconocí á Perillo.

(Se continuará.)

Tiro de pajaros en Valencia.

En Valencia, una de las ciudades mas hermosas de España, una temperatura siempre suave favorece en sus cercanías una vegetacion sin rival en colores y perfumes; toda la vegetacion africana se encuentra mezclada allí con las flores y los árboles frutales de la Europa.

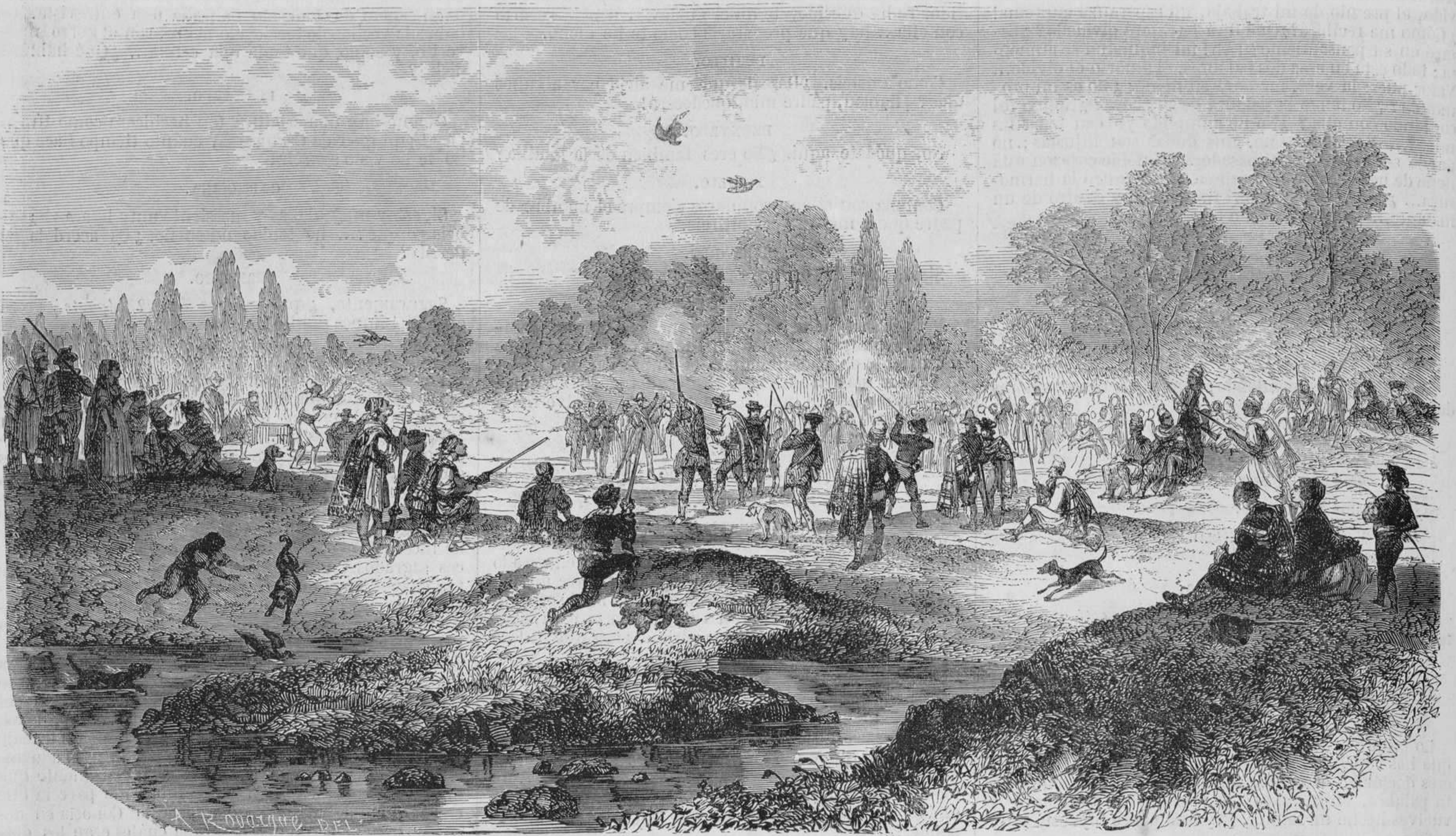
El pueblo de esa hermosa comarca ha conservado un carácter digno de esa magnífica escena. Son tipos africanos en los hombres y griegos en las mujeres, con trajes de colores brillantes que tienen algo de asiático; los hombres llevan anchos calzones blancos, alpargatas, un pañuelo de seda en la cabeza á guisa de turbante, y una manta de rayas de colores. Las mujeres no usan otro tocado que sus hermosos cabellos sostenidos con una aguja de plata sobredorada con piedras verdes y encarnadas, y una peineta de metal.

Las señoras valencianas no han abandonado todavía, como en otras partes, el velo y la mantilla; la moda y la coquetería no inventarán nunca nada mas bonito que ese adorno que deja entrever todo lo que parece querer ocultar: la finura del talle, la hermosura de los ojos y esa magia de la mirada que distingue á las mujeres del Mediodía de la España.

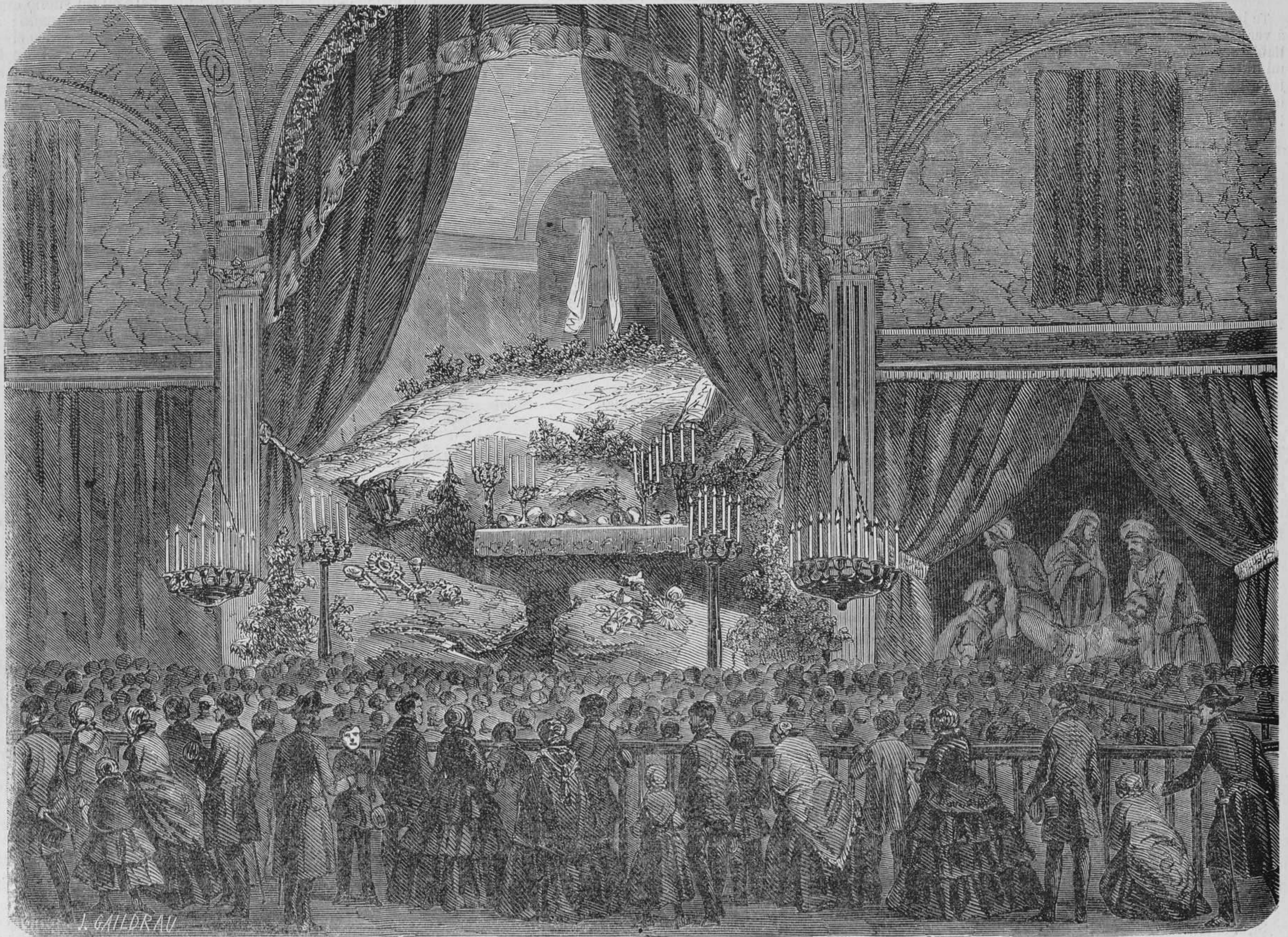
Las modas parisienses ó inglesas harían muy triste figura entre las graciosas paseantes de la Glorieta de Valencia, ó en la Pechina en el cauce del rio que con frecuencia está seco. Allí se va los jueves y los domingos para ver á los cazadores que se reúnen, pues es una de las diversiones favoritas de los valencianos. Se principió por tirar á las palomas, pero ahora se tira á toda clase de pajaros; los cazadores forman un gran círculo, y en su centro están los empresarios de la cacería con grandes jaulas de madera llenas de caza. Cada tiro se paga un real, y hay una porcion de muchachos que corren á cobrar el real de todo el que ha descargado su escopeta. La pieza muerta pertenece al cazador; cuando salen muchos tiros á la vez, se suscitan algunas disputas cuya solucion se deja á la suerte arrojando una moneda á cara ó cruz.

Los curiosos se agrupan en todas las desigualdades del terreno que han quedado á seco, y que en breve se cubrirán de yerba; y detrás, en último término, está el campesino alerta para tirar á los pajaros que por casualidad han podido salvarse del plomo de los cazadores que pagan el derecho.

X.



TIRO DE PAJAROS EN EL REINO DE VENECIA



ADORACION DE LA CRUZ EN LA CAPILLA DEL CALVARIO DE LA IGLESIA DE SAN ROQUE, EN PARIS, EL DIA DE VIERNES SANTO.

mente trazados y recortados por golfos, estrechos, istmos, islas, y hasta otros mares interiores, no alcanzando una mera descripción á dar de todo completa idea, sino que es forzoso tener á la vista un globo ó mapa para observar sus límites y dimensiones, con descarte de los agregados locales que pudieran apartar la atención del conjunto. De este modo se echa de ver cuán curiosa es la configuración del mar de que hablamos, cuánto recalcan sus golfos en la tierra que le rodea, y cómo llegan casi á punto de tocarle los grandes brazos del mar Rojo y golfo Pérsico, que pertenecen al Océano de otro hemisferio. Las personas menos iniciadas en los progresos de la geología moderna y en los grandes fenómenos que ha descubierto, comprenderán cuántos movimientos y extraordinarias revoluciones han debido verificarse en aquella región en épocas muy anteriores á la aparición del hombre sobre la tierra. Poco mas adelante presentaremos algunas pruebas aun existentes de tan antiguos trastornos, con los volcanes y terremotos que de un modo tan patente afectan la cuenca del Mediterráneo; pero entre tanto, mirándolo por encima, vemos que este mar, por uno de sus extremos, mezcla sus aguas con las del Atlántico, y por el otro extremo, es decir, á unas dos mil millas de distancia, se halla únicamente separado por un istmo bajo y angosto de las aguas que corresponden al océano Indico. Todo el tiro de esta línea es la divisoria de Europa y Africa, que son las dos partes del mundo que mas difieren entre sí física y socialmente. Sirvela de barrera al E. el continente de Asia, cuya extensión de costas, comprendiendo las del mar Negro, que puede considerarse como su depósito interior, no baja de 2,500 millas. Gradúase la circunferencia total del Mediterráneo, siguiendo los contornos de sus grandes golfos, en mas de 13,000 millas; al paso que su superficie, comprendiendo el mar Negro y los de Azof y Mármara, asciende á 1.149,287 millas cuadradas. Al recorre de estas magníficas proporciones contribuyen su gran profundidad, de que luego hablaremos, y las altas cordilleras de montañas que forman sus costas, ó que como islas salen del seno de sus aguas.

No pertenece á la historia antigua de este mar el nombre de *Mediterráneo*, pues no le mencionan así los primeros geógrafos griegos y romanos. Denominábanle los pueblos de Palestina solo por el *Mar* ó el *Gran Mar*. Los griegos y romanos le designaban como el mar de aqueña las columnas, *mare internum, nostrum mare*, y con mas frecuencia con los nombres particulares tomados de las diversas comarcas ribereñas. Así es que la voz *Mediterráneo*, aunque muy adecuada como descripción general, no se encuentra, que sepamos, antes del tercero ó cuarto siglo. Los navegantes de todos países que recorren sus aguas, usan á veces tambien otros nombres mas ó menos legítimos, pero estos no figuran en los mapas, y sería por tanto inútil enumerarlos. Por el contrario, los que proceden de sus grandes divisiones naturales, como el Adriático, el Archipiélago, tienen fundamento y son de necesidad evidente, hallándose por otra parte autorizados por el largo uso, ó por el papel que en la historia representan.

Son de mucho interés estas divisiones en la historia física del Mediterráneo, y hasta siete de ellas se distinguen y señalan; pero á una sola nos limitaremos, porque es la que salta desde luego á los ojos, como quiera que comparte este mar en dos grandes cuencas desiguales, y que de un modo igualmente notable resulta tambien de cierta disposición natural, que coincide con el aspecto geográfico y sirve para explicarlo. Reforremos en esto á la separación que forman la larga península itálica, la Sicilia, y el avance del continente de Africa en el cabo Bon, dejando un paso solo de 80 millas entre la cuenca oriental y la occidental del Mediterráneo. Este hecho así patente á la vista está físicamente demostrado por la alta cordillera de los Apeninos que, extendiéndose hasta la extremidad misma de Italia, vuelve á aparecer en los montes neptunianos de Sicilia, y como barra ó línea de bajos atraviesa el estrecho entre esta isla y Africa, quedando en medio de las aguas profundas de uno y otro lado una especie de meseta submarina. Aunque parte de esta línea se encuentra así sumergida, como tambien sucede en el portillo mas angosto que forma el estrecho de Mesina, viene á ser por lo mismo mas aparente el hecho físico que resulta en inmediata relación con los cambios geológicos que han dado á la superficie de la tierra su actual forma y fisonomía. Otras pruebas igualmente patentes é instructivas de la acción de las grandes fuerzas subterráneas en aquella valla, se deducen de los fenómenos volcánicos presentes y pasados, que en toda su extensión han dejado ó tienen rastro, que si no es tan continuo que no presente algunas interrupciones, es bastante seguido en su curso y dirección para que manifieste su evidente relación con una causa física comun. En efecto, en la extremidad setentrional de aquella línea encontramos los montes Eugenos (*Euganei*), entre los cuales y en el pueblo de Arquá se ve el sepulcro aislado de Petrarca. Si desde allí nos dirigimos hacia el Mediodía, vemos una larga serie de formaciones volcánicas apagadas, que se prolonga atravesando los estados romanos, y mas lejos todavía, hacia el S., la región del Vesubio y los campos Flegreos, tan notable por sus fenómenos actuales no menos que por el aspecto y señales que conservan de épocas anteriores á toda historia conocida. Siguiendo siempre la misma línea llegamos á las islas de Estromboli y Lipari, que aun vomitan llamas y vapores volcánicos, como lo hacían dos mil años há. Otro poco mas al S., y á la vista de las mismas islas, se alza el enorme cono del

Etna, rodeado de su ancha faja de lavas y otras rocas volcánicas, que ha suministrado á Homero y á Píndaro magníficas imágenes poéticas, viéndose impresa en la serie de aquellas rocas la historia de épocas anteriores con mucho á la existencia de toda poesía en la tierra. Un suceso que la generación actual ha presenciado, atestigua la realidad de esta línea de fuegos subterráneos, pues en 1831 repentinamente reventó un volcan en medio del mar entre Africa y Sicilia. Mantúvose inflamado durante algunas semanas, y las escorias y cenizas que su cráter lanzaba, formaron una isla ó un cono, que apenas recibió nombre cuando desapareció hundiéndose en el mar, sin dejar mas muestra que un escollo para comprobar aquella extraña rotura submarina de la corteza del globo, en que el agua y el fuego se vieron mezclados en comun acción.

Sirven estos datos para *ilustrar* la nueva ciencia de la geografía física, que tanto ha aumentado nuestro conocimiento de la tierra que habitamos, y que tan grandemente promete recompensar las futuras investigaciones. No hay que perder de vista por otra parte este mismo principio de *ilustración*, porque la historia física del Mediterráneo está muy especialmente enlazada con la historia de las naciones que en sus riberas han florecido sucesivamente, así como tambien con las artes, las letras y las costumbres que tanto esplendor han dado á aquella parte del globo. Ha observado un gran filósofo, que la cultura intelectual y la civilización se han desarrollado generalmente en los países en que los mares interiores ó los grandes recortes de las costas facilitaban las comunicaciones; y si esta observación es cierta, el Mediterráneo es el ejemplo mas feliz que pudiera citarse, puesto que en el mismo las costas setentrionales, con su notable irregularidad, ofrecen particular contraste con la línea, relativamente llana y falta de rios, de las playas africanas desde Marruecos á Egipto. Es cierto que el Egipto y Cartago sentaron su grandeza en esta misma costa menos favorecida; pero el uno se apoyaba en el Nilo y en el mar Rojo, y la otra, de origen fenicio, ejerció especialmente su dominio como potencia naval, frecuentando y subyugando las costas y las islas de la otra banda del Mediterráneo.

Objeto de geografía puramente técnica sería enumerar las diversas cordilleras ó grupos de montañas que rodean ó limitan este mar interior, como son la Sierra Nevada, la larga cordillera africana del Atlas, los Alpes marítimos y los Apeninos, las cordilleras que se alzan al oriente del Adriático, la gran mole de la Grecia, las extensas cordilleras del Cáucaso, del Tauro y del Líbano, que todas íntimamente pertenecen á su geografía física. Pudiéramos tambien nombrar el Parnaso, el Pindo, el Olimpo, el Pelion y el Osa, el Himeto, el Oeta, el Athos, el Etna y otras cien montañas familiares de los recuerdos clásicos, y que nacen de las mismas aguas del Mediterráneo ó se distinguen en lontananza cuando se navega en sus riberas. Pero sin detenernos en estas reminiscencias poéticas, nos limitaremos á observar que ningun otro mar presenta costas mas altas y acantiladas, pues exceptuando la playa setentrional de Africa desde las inmediaciones de Túnez hasta las fronteras de Siria, y algunos trozos limitados de costa en otros puntos, generalmente se advierte que las aguas de este gran mar bañan el pie de escarpadas montañas.

Como magníficos ejemplos de esta disposición natural bastará citar la *Cornisa* y toda la línea desde el Ródano al Arno, la costa de Africa desde Argel á Bona, las costas de la Grecia, del Asia Menor y de la Siria, y sobre todo las enormes masas montañosas que cruzan la antigua monarquía de Mitridates, formando en la extensión de centenares de millas los escarpes de la costa meridional del mar Negro. Sitios hay en estas costas del Mediterráneo que allí junto se alzan á tres ó cuatro mil piés, teniendo tras de sí otras montañas de mas de doble altura.

El mismo relieve agreste y grandioso ofrecen con pocas excepciones las islas de este mar, que mayores ó menores, pero tan numerosas, le dan un aspecto físico tan singular. Por su altura, escarpes y otros caracteres, atestiguan los grandes movimientos subterráneos de los tiempos pasados, á los cuales ya hemos aludido por lo que han influido en toda aquella región sobre las relaciones de la tierra y del mar. La primera y mas hermosa de estas islas, Sicilia, ofrece un manantial de inagotable interés al naturalista, al historiador, al artista y al poeta, y en parte ninguna de la superficie del globo se encuentran compendiados en menor extensión tantos objetos propios para encantar los ojos y la imaginación. La Cerdeña y Córcega, Candia y Chipre abundan en magníficas vis az, aunque menos accesibles: Puede sin embargo recorrerse hoy día la Córcega, mereciendo llamar la atención del viajero, que se verá expuesto en verdad á malas posadas y á comidas tal vez demasiado frugales, pero que puede olvidar los petulantés epigramas de Séneca y los cuentos temerosos de *vendettas*, que á lo sumo podrán tener cabida en sus montañas, en sus bosques ó en sus mas agrestes aldeas. Menor facilidad y seguridad ofrece la Cerdeña, que posee tantos atractivos naturales, y que en otros tiempos era uno de los graneros de Roma; pero sus relaciones políticas con el Estado mas libre y floreciente de Italia da mejor confianza para en adelante. Candia y Chipre, á las que apenas conocemos á pesar de su antigua fama, aguardan las mudanzas que en este momento se realizan en todo el ámbito del imperio turco, y que igualmente alcanzarán á las hermosas islas del Archipiélago, que está destinado á ser uno de los golfos mas

notables del mundo. En medio de aquel laberinto de montuosas islas y de costas escarpadas, ricas en recuerdos de todas las épocas, se halla el paso que conduce á aquellos mares interiores, donde la historia primitiva y la fábula se confunden con aquella vaguedad misteriosa que tanto seduce aun á los que buscan lo positivo y la verdad. El gran golfo del Archipiélago ha dado tambien margen á la poesía griega para algunas de aquellas brillantes descripciones que nos dejó como herencia imperecedera.

Hablando de las demás islas del Mediterráneo, no pueden pasar en silencio las Jónicas y la de Malta, que forman parte de la vasta y compleja soberanía que la Inglaterra ha extendido por la superficie del globo. A la verdad son dependencias mas bien que colonias; y por lo que hace á las islas Jónicas en particular, nos inclinamos á considerarlas como una posesión guardada en depósito para alguna futura monarquía griega de Levante, mejor constituida que el débil y mezquino reino que ahora tiene este nombre, aunque solo comprende una parte insignificante de la raza y territorio griego.

Uno de los caracteres físicos mas notables del Mediterráneo es el de aquel estrecho que le da entrada desde el Océano, y el de los canales no menos singulares que le unen con los otros mares interiores que bañan el pié de la cordillera del Cáucaso, y que penetran hasta las estepas de Rusia. La vista del estrecho de Gibraltar, siempre digno de su antigua fama, como paso al Océano, recuerda aquella fábula é ideas de los tiempos pasados, que mezclaban lo conocido y lo figurado en la imaginación humana. Así, la historia de Hércules, origen curioso, fecundo y aun no explicado de tantos mitos griegos y orientales, se extendió con bastante naturalidad á aquella angosta salida del mar conocido, y los montes Calpe y Abila fueron las columnas de Hércules y el término de los progresos humanos hacia el Occidente. No sin intención los fenicios y otros navegantes, como interesados en conservar el monopolio del comercio del Océano que los enriquecía, tratarían de aumentar el temor infundido por tal mezcla de fábulas y verdades. Los primeros viajes ó descubrimientos que llevan los nombres de Faraon Neco, de Scilax y de Hannon, en muy poco contribuyeron á rectificar los errores de la geografía antigua sobre aquellas regiones, y si no condenamos por completo la Atlántida y el jardín de las Hespérides al dominio de la fábula, debemos suponer que la idea de su existencia proviene de algun descubrimiento antiguo de islas de la costa de Africa (1). Aun en tiempo de Juvenal citaba este, como ejemplo del ansia de oro, los navegantes que en su busca se arrojaban al misterioso Océano mas allá de Calpe:

.... Calpe relicta
Audiēt Herculeo stridentem gurgite solem.

Tradicion era de la antigüedad que habia existido entre el Mediterráneo y el Atlántico una valla que, rota violentamente, abrió el paso actual; y esta tradicion es muchísimo mas natural y razonable que la mayor parte de las ideas físicas de aquella época, pues á la verdad, un estrecho que en cierto punto no tiene mas de nueve millas de ancho, que es menos de la mitad del paso de Calais, bien podía sugerir semejante pensamiento. Y aunque la profundidad del medio de la canal en su parte mas estrecha no baja de 900 piés, se conoce que hay como una barra ó arista submarina entre ambos mares, puesto que la profundidad de las aguas crece rápidamente á uno y otro lado, y esto es tan repentino, que en el mismo estrecho, entre Gibraltar y Ceuta, donde la anchura es de 12 millas, se han sacado mas de 6,000 piés en el sondeo, y un poco mas al Este no se ha hallado el fondo. Basta mirar un mapa y observar la disposición relativa de las costas de Africa y Europa en el mismo estrecho, para conocer que aquellos lugares debieron ser teatro de grandes cataclismos que afectaron al mar y á la tierra, siendo la causa de tales trastornos la acción de las fuerzas subterráneas, que bajo diversas formas ha contribuido tanto á modificar por todas partes la configuración de la superficie del globo.

Debemos hablar tambien, aunque mas concisamente, de los Dardanelos y el Bósforo, estrechos interiores que dan paso á la vasta cuenca del mar Negro, nombre que en otro tiempo era desconocido y temeroso, cuando en el día es tan familiar á los ingleses como el Báltico ó el mar del Norte. Aquellos dos estrechos, que son una de las maravillas del Mediterráneo, pudieran muy bien llamarse rios, pues su rápida y profunda corriente da salida á las aguas de casi el tercio de la Europa. En efecto, por este canal descargan el Danubio, el Don y el Dnieper á la gran cuenca de afuera, y sus aguas en los estrechos, se deslizan entre márgenes que en todos sus puntos tienen escrita la historia ó la poesía de los pasados siglos. En parte alguna de la tierra existen otros pasos entre mares que puedan compararse á estos, ya por la hermosura de su aspecto actual, ya por la riqueza de sus recuerdos, como que allí

(1) El magnífico aspecto de las islas Canarias, si es que tan tempranamente fueron descubiertas, pudo muy bien sugerir la idea de semejantes leyendas, las que aprovechó el Tasso figurando allí los jardines de Armida. Es digna de leerse con atención la descripción que hace Plinio de las islas referidas, valiéndose de lo que se desprende de la expedición exploratoria que á ellas envió un hombre distinguido, Juba, príncipe de Numidia, pues en ella se encuentran fielmente retratadas muchas circunstancias que aun hoy día forman sus caracteres físicos mas notables.

las clásicas ficciones de la mas remota antigüedad se hallan entreveradas con los sucesos mas verdaderos de que en todas épocas han sido teatro el Bósforo y los Dardanelos, historia que, por decirlo así, se comparan en la Europa y el Asia, cuyos promontorios y palacios se reflejan en las mismas aguas. Domínanlos hace 400 años el Asia y los asiáticos; pero aunque nominalmente y en la exterioridad pueda durar mucho tiempo todavía este dominio, en el hecho ha empezado á efectuarse un cambio que no puede ya contenerse, y que dará por resultado definitivo é inevitable que recobre Europa la soberanía de aquellos estrechos y mares, tan importantes por su posición al comercio y á la civilización del mundo entero. Bajo este aspecto, y tal vez otros varios tambien, recogerán las generaciones venideras el fruto de la última guerra.

Otro de los grandes caracteres físicos del Mediterráneo es su profundidad, y ya hemos hablado de los sondeos hechos cerca de la barra que corta el estrecho de Gibraltar y á ambos lados de la arista submarina que se extiende desde Sicilia á la costa de Africa. Es cierto que estos sondeos no se han ejecutado en el Mediterráneo usando de los métodos perfeccionados que recientemente han servido en el Atlántico, y que el teniente Maury aplicó sistemáticamente en varias partes de este Océano; pero son suficientes para indicar profundidades iguales á la altura media de las montañas que circuyen la cuenca, y aun si puede darse crédito á una experiencia particular, se ha llegado á encontrar una profundidad de 15,000 piés, es decir, equivalente á la altura de las mas elevadas cimas de los Alpes. Hizose este sondeo á unas 90 millas al E. de Malta, y entre Chipre y Egipto se corrieron 6,000 piés de línea de sonda sin hallar fondo. Con idénticos resultados se han hecho en otros puntos sondeos; y aun cuando no tenemos todavía noticia de oficio del que últimamente ha ejecutado *el Tartaro* entre Egipto y el Archipiélago, se asegura como cosa fidedigna que entre Alejandría y Rodas se halló una profundidad de 9,900 piés, y otra entre Alejandría y Candía de 10,200. Estas operaciones aisladas dejan en verdad lugar á creer que en todos los mares habrá profundidades mayores y menores en que jamás se habrá echado la sonda, caso comprendido en la ley general de las probabilidades, que con tanta amplitud puede aplicarse á todos los ramos de la física. Particularmente en el Mediterráneo, que tantas apariencias ofrece de ser producto de un hundimiento, habrá quizás algunos abismos á cuyo fondo nunca podrá llegar el escandallo.

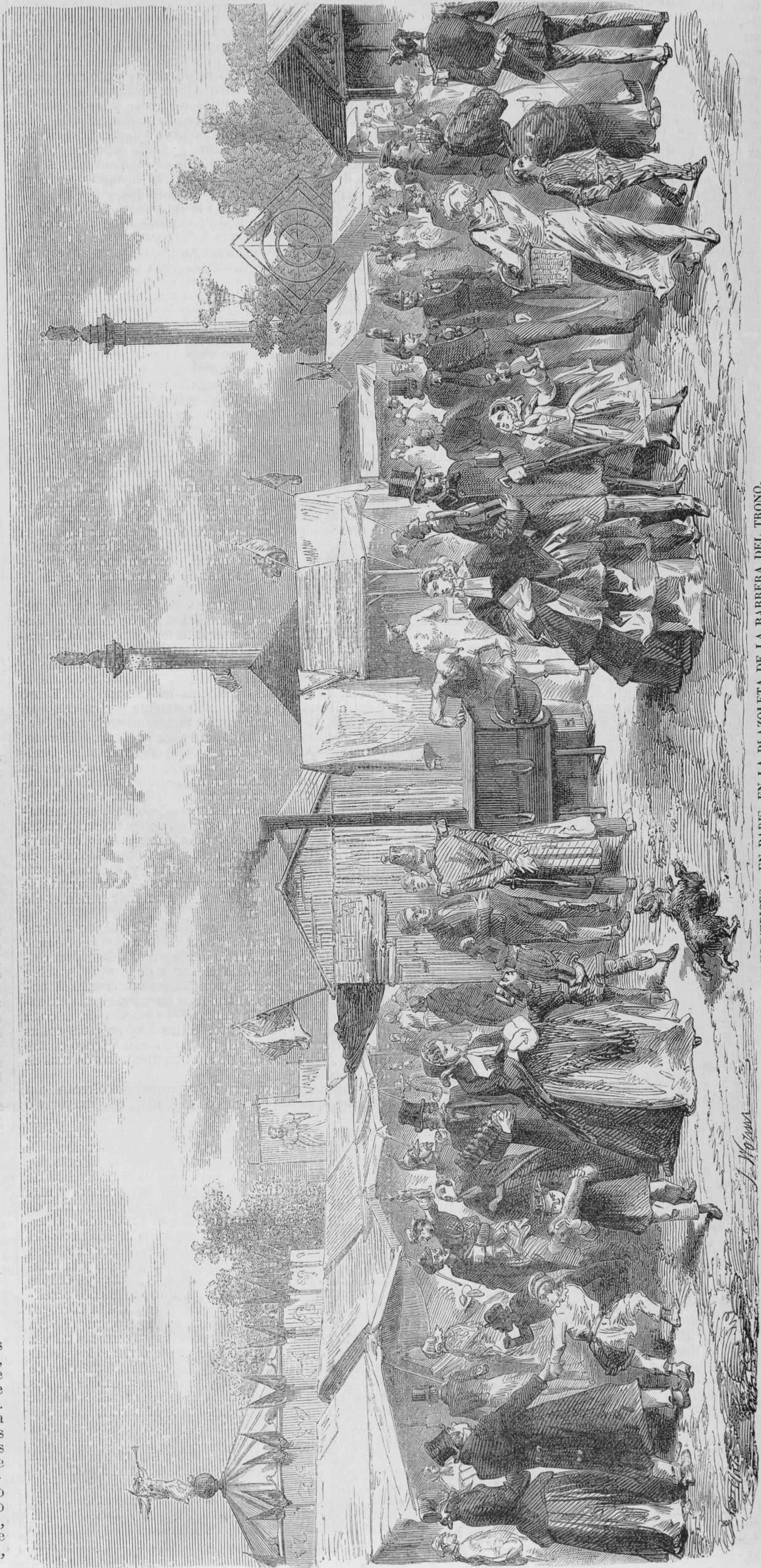
Este sencillo epílogo de las mas notables circunstancias del Mediterráneo demuestra su preeminencia con respecto á los demás mares interiores del globo. También el Báltico es brazo singular del Océano, y extiende sus largos y angostos golfos hasta el centro de la Europa setentrional; pero se diferencia mucho del Mediterráneo, tanto en los caracteres físicos como en sus relaciones con la historia del mundo. Muy inferior en extensión, accesible solo por unos estrechos cuajados de bajos y escollos, sin mas de 1,400 piés de profundidad en parte alguna, sus aguas salobres no están sometidas á la acción de la marea, y sus costas é islas son planas y ofrecen un aspecto monótono. No se encuentran allí monumentos históricos, fuera de unos pocos que corresponden á la edad media, y solo ha dejado la historia antigua en sus riberas los recuerdos mas vagos y endebles, aunque por otra parte sepamos que sentaron en ellas su planta varias de las grandes razas, cuyas emigraciones del Oriente tan poderoso influjo ejercieron en la suerte de la Europa occidental. Animado el Báltico en algun tiempo por la actitud comercial de la liga anseática, solo representó, sin embargo, un papel muy insignificante en los intereses políticos y mercantiles del mundo europeo hasta la época de las creaciones de Pedro el Grande, cuando el imperio moscovita llegó á la embocadura del Neva; pudiendo exceptuarse únicamente de esta observación las revoluciones de la monarquía sueca, y las campañas de Gustavo Adolfo y de Carlos XII.

Lo que tal vez se asemeja al Mediterráneo, bajo el punto de vista físico, es el golfo de Méjico, separado del Atlántico por la cordillera de las islas de Sotavento y de Bahama, y dividido tambien en dos grandes cuencas por la proyección de Cuba entre las costas de la Florida y de Honduras.

(Se concluirá.)

La feria del « pain d'épices. »

Esta famosa feria, una de las fiestas mas antiguas que se perpetúan en Paris puesto que data del siglo XII, dura quince dias por la época de Semana Santa y tiene lugar en el espacio comprendido entre la columna de Julio en la plaza de la Bastilla y la barrera del Trono. En esos puestecillos que se ven figurados en nuestra lámina, hay un poco de todo lo que se vende en las ferias; cacharros, cristalería, y todas las riquezas á dos cuartos que constituyen la alegría de los niños. Entre tantas curiosidades se pasean cien mil parisienses durante quince dias. Por lo que hace á esa torta ó bollo indigesto que llaman « pain d'épice » cuyo despacho es el atractivo principal de la solemnidad en cuestión, diremos que es una masa de melaza y de centeno que se fabrica abundantemente en Paris durante todo el año, de la cual se hace un consumo extraordinario. X.



LA FERIA DEL « PAIN D'ÉPICES » EN PARIS, EN LA PLAZOLETA DE LA BARRERA DEL TRONO.

Fiesta dada en Trieste

EN HONOR DE M. DE LESSEPS.

Las simpatías, cuya manifestacion recibe por todas partes el promovedor de la abertura del istmo de Suez, son una prueba evidente del interés general que existe por esta gran empresa, cuya realizacion debe elevar el genio de la industria moderna al nivel de la antigüedad, que nos ha dejado monumentos tan sorprendentes de su actividad y su paciencia. A la hora en que escribimos, una comision administrativa, dirigida por M. de Lesseps, procede sobre los lugares á la organizacion de las obras, y dentro de pocos dias sabremos que se ha comenzado la abertura del canal de Suez.

En Trieste, donde M. de Lesseps debia embarcarse para Alejandria con los miembros de la comision administrativa, el señor Revoltella, banquero y representante de la compañía del canal de Suez en Austria, organizó una fiesta como un homenaje rendido á la iniciativa eficaz é inteligente que producirá la realizacion de una concepcion tan útil como atrevida.

Los pormenores que tenemos á la vista sobre esta hermosa manifestacion que honra los trabajos de M. de Lesseps, dan la idea de una magnificencia y una grandeza que reunen el gusto mas delicado con los efectos de un lujo maravilloso. Mas de trescientos convidados pertenecientes á las primeras dignidades del imperio y á las clases mas altas de la sociedad, se hallaban reunidos en el magnifico hotel del señor Revoltella. S. A. I. el archiduque Maximiliano, gobernador general del reino lombardo-veneto, se habia dignado aceptar la invitacion del rico banquero. Rompió el baile S. A. I. con la señora baronesa de Mertens, mujer del gobernador de la provincia que hacia los honores de la fiesta. Durante el baile, que estuvo muy animado, el archiduque habló largamente con M. de Lesseps.

Recordaba el objeto de la reunion una hermosa obra del escultor milanés Magni, que pone en alegoría la abertura del istmo de Suez. Este grupo de tamaño natural debe ejecutarse en mármol. Representa á la Europa reuniendo el Mediterráneo con el mar Rojo. El genio del Comercio conduce á la Navegacion, sorprendida de recorrer un camino tan nuevo. La Fama inscribe el nombre de los hombres que han contribuido á ese trabajo prodigioso. En el basamento de estilo egipcio, y entre los atributos de la inmortalidad, están los medallones del autor de la abertura del canal y del virey de Egipto, á los cuales el comercio y la civilizacion deben un tributo de admiracion y de gratitud.

Damos una representacion de ese grupo copiado de una fotografia.

Nada demuestra mejor á nuestro juicio el carácter grandioso y útiles consecuencias de la obra emprendida por M. de Lesseps, que ese acuerdo de todas las artes que han celebrado sus buenos resultados, cada cual segun su genio particular y por inspiraciones y sentimientos elevados.

Desde luego se puede concluir de las brillantes ovaciones que se hacen á M. de Lesseps, que el espíritu moderno coloca las conquistas del trabajo y de la industria mas altas que las conquistas de la guerra, y pone la verdadera gloria en los servicios útiles, en el progreso moral y material de los pueblos mas que en los triunfos de la fuerza y de las armas.

Una asamblea de personas notables de Trieste, Venecia y otros puertos del Adriático, ha querido manifestar á M. de Lesseps, antes de su marcha, el interés que tomaba en la realizacion de su obra, dándole las gracias en nombre del comercio reunido de las plazas principales, y pidiendo sean admitidos sus capitales para la realizacion de un proyecto cuyos beneficios deben favorecer el desarrollo de su prosperidad. F.

La hora del diablo.

POR M. PABLO LOUISY.

Pablo Desroches acababa de entrar en su casa cuando un tímido campanillazo anunció una visita; se levantó con ademan de visible disgusto, y llamó á Juan su criado para darle el orden de despedir al importuno, quien quiera que fuese... Pero era ya demasiado tarde; Juan, mozo de aspecto taimado, introdujo al recién llegado anunciándole con el sonoro nombre del señor Matias Chanteclair.

Pablo se encogió de hombros, encendió un cigarro en una de las bujías que alumbraban la sala y empezó á pasearse de un extremo á otro silenciosamente.

El señor Chanteclair no se inmutó al parecer con una acogida tan impolítica, á la cual estaba sin duda alguna acostumbrado, y despues de haber dirigido al jóven un saludo afectuoso y por demás inútil fué á sentarse humildemente en una silla situada en un rincon de la sala, puso el sombrero en el suelo, el paraguas entre las piernas, y esperó el permiso de desplegar sus labios cruzado de manos y moviendo á compás sus dedos pulgares. Era un hombrecillo de unos cincuenta años de edad, de aspecto insignificante y pobremente vestido; tenia la espalda encorvada, la barba revuelta, los miembros débiles y las extremidades angulosas; su cabeza, huesosa y calva, se alargaba con tanta facilidad como la de una tortuga, y carecian de expresion sus miradas.

El señor Chanteclair daba una triste idea de su inteligencia con su exterior miserable y su ademan encogido.

nífica pistola persa), y vais á ver cómo voy á hacer uso de él.

Chanteclair echó á rodar su sombrero y su paraguas, y se lanzó sobre el jóven que, con el arma levantada y el dedo apoyado en el gatillo, amenazaba con poner en ejecucion sus palabras.

— ¡Deteneos! exclamó: por favor... ¡un momento! ¿Qué haceis, señor Desroches?

— ¡Dejadme! dijo este sonriéndose; creo, por vida mia, que tomáis por lo serio el papel de padre suplicante. He dicho que me mataria, y lo haré... pero no estando tan mal acompañado. Ya conocéis que seria emprender demasiado pronto el camino del infierno si dejara mis huesos bajo la custodia de un usurero como el señor Matias Chanteclair.

La apóstrofe era denigrante, pero nuestro hombre, tan insensible como una momia, volvió á tomar en el rincon de la sala su ademan humilde y lastimero. Hacia mucho tiempo que las injurias no le producian la menor impresion.

Un usurero es un hombre diferente de los demás, que no se entretiene en pesar el valor de una palabra en la balanza de las conveniencias sociales, y por otra parte el nuestro era de opinion de que conviene que las cosas se llamen por su nombre. Sin embargo, un suicidio tan friamente preparado le causaba una terrible inquietud; despertábase de su estupor, agitaba sus dedos, sus ojos brillaban con el fuego de un pensamiento de codicia, y decia para sí que aquel incidente podia proporcionarle un buen negocio, cuyo logro estaba meditando.

Pablo cerró la carta que acababa de escribir, puso el sobre y tiró de la campanilla. Salió el criado.

— Llevarás, le dijo, esta carta á las diez á donde expresa el sobre. A las diez, ¿lo oyes? Ni un minuto antes.

Y designando despues al usurero que parecia abismado en tristes reflexiones.

— Juan, añadió, acompaña a este caballero.

Chanteclair se levantó, pero en vez de seguir al criado se acercó á Pablo, le llevó á un lado y le dijo en voz baja:

— Sois injusto conmigo; aunque me reconozco en muy poco, no merezco sin embargo ser despedido tan ignominiosamente...

— ¡Al grano! dijo el jóven interrumpiéndole.

— Vais á mataros por una jóven que...

— ¡No digais una palabra mas!

— Que os ama, continuó el buen hombre sin inmutarse, y que será esposa vuestra cuando queráis.

— Estais, segun veo, mejor enterado que yo de mis propios negocios.

— ¡Oh! por mi profesion, y por gusto, me veo obligado á profundizar muchos misterios y á merecer algunas confianzas. Vamos, señor Desroches, desistid de vuestro loco proyecto, porque aun puedo seros útil.

— ¿Y cuánto valen vuestros servicios? dijo Pablo riéndose.

El usurero señaló con un gesto antes de contestar al criado que esperaba, segun le mandara su amo, el momento en que el señor Chanteclair tuviera á bien retirarse.

— Puedes marcharte, dijo Pablo al criado. Ahora que estamos solos, ¿me

explicareis lo que significan vuestras extrañas palabras? Muchos meses ha que interrumpí con vos toda clase de relaciones, y he pagado bien caras mis locuras juveniles, incluso el capital y sus intereses. ¿Qué hay de comun entre los dos? ¿Con qué objeto habeis venido?

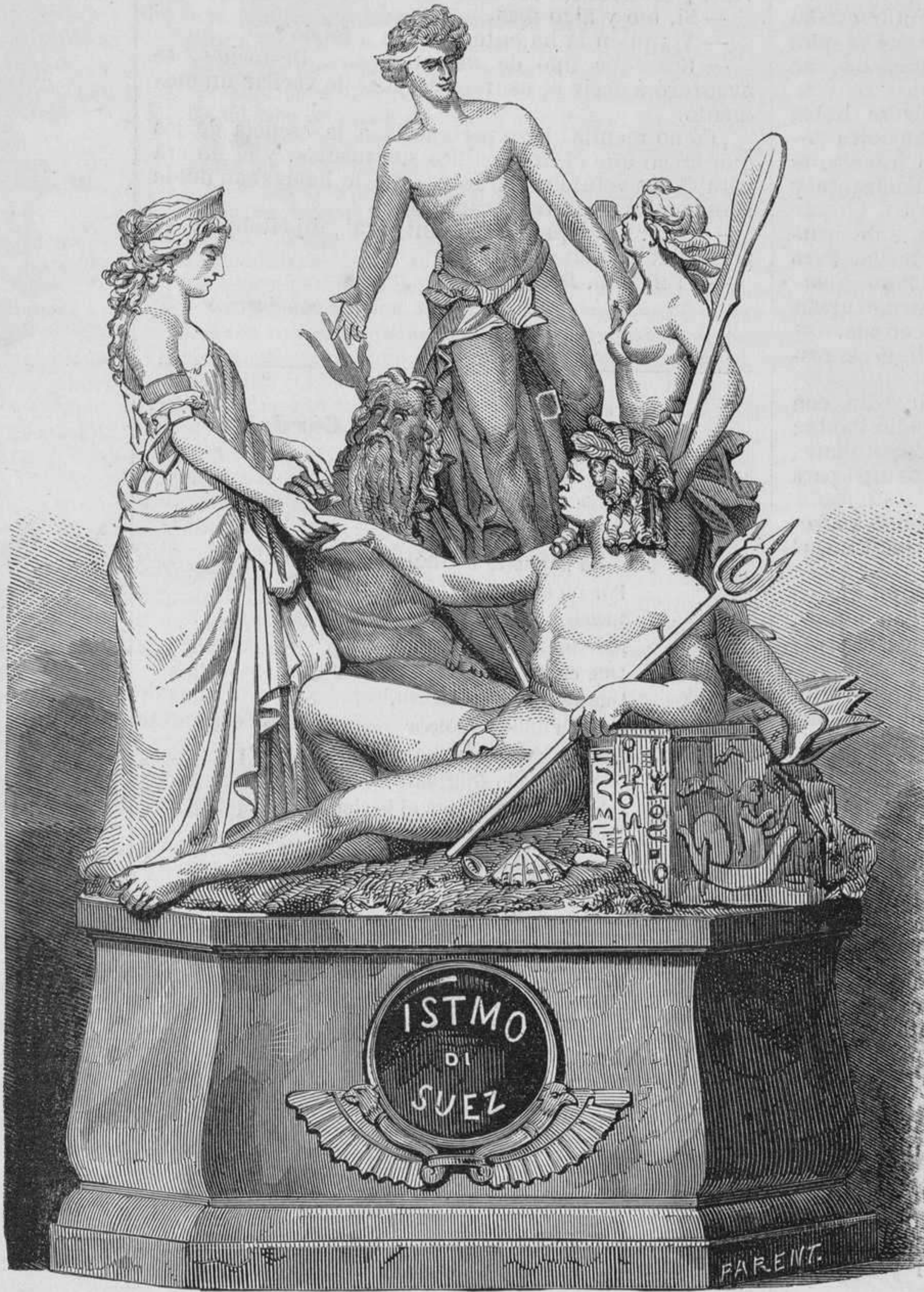
— A salvaros, y llego á tiempo. Cuando os retirásteis de la vida del gran mundo, donde alcanzásteis triunfos tan brillantes, dije para mí: « No es natural arrinconarse á los veinte y seis años, cuando no se está gastado, y no siendo pobre ni ridículo; luego el amor está metido en la danza. » Y empecé á olfatear, y puse en juego mi policia.

— ¿Y me decís eso á la cara, en mi casa?

— ¿Porqué no? Cada cual se dedica á la caza que le acomoda; pero soy un buen hombre que ama la juventud, la loca y confiada juventud que despues de haber bebido arroja una herencia por la ventana y adopta por diosa la moral á la moda: vida breve, pero divertida. Entre todos mis clientes os granjeásteis vos mi cariño. ¡Hum! dije para mí, este Desroches hará progresos.

— ¡Adelante!... hay alabanzas que deshonran.

— Pero hé aquí que repentinamente, continuó el imperturbable Chanteclair, os enterrais en vida, os haceis hombre de juicio y pensais en el matrimonio y en sus tranquilas dulzuras. Tomo entonces, como os he



GRUPO ALEGÓRICO esculpido por el señor Magni, de Milan, en el palacio del señor Revoltella, banquero austriaco en Trieste.

Pero pronto vamos á juzgarle. Existen sin embargo, idiotas parecidos que son muy duchos en el juego de dominó.

Habian trascurrido cinco minutos cuando Pablo Desroches dió á entender que se acordaba de que no estaba solo; se paró bruscamente en medio del salon, y dijo con voz sombría despues de cruzarse de brazos:

— Señor Chanteclair, ¿no habeis visto nunca un reo en capilla?

El hombrecillo abrió desmesuradamente los ojos y alargó el cuello.

— ¡Dios me libre! balbuceó por decir algo.

— Pues bien; miradme, ese reo soy yo.

— Esta noche os encuentro de buen humor, dijo Chanteclair con una risita forzada.

— ¿Os reis? Oid; dos líneas de esta carta bastarán para convenceros. « Ya que me arrebatan para siempre la única felicidad que ambicionaba, no me resta mas que dejar la existencia: cuando recibais esta despedida habré cesado de vivir: » Estaba casualmente escribiendo estas últimas palabras cuando habeis entrado, y solo falta para acabar poner sobre este papel un nombre; ¡ay! muy querido para mi alma. ¿No tenia razon al compararme con un reo en capilla? ¿Dónde encontraré un verdugo mas seguro que yo mismo? Mirad, aquí está el instrumento del suplicio (una mag-

dicho, mis informes, porque antes de ser rico soy también hombre de orden. ¡Ah! demasiado cierto era: habíais pedido la mano de la señorita Ester Durantón.

— ¿Acabareis vuestro interminable preámbulo?

— Rica heredera... pingüe dote... y esperanzas de próximas herencias... ¡feliz hallazgo! Pero el papá, rústico dueño de ferrerías, se negó sin rodeos. ¿Estoy bien enterado?

— ¡Sois el diablo!

— Sí, un buen diablo, ó mas bien un pobre diablo que solo aspira á ganarse poco á poco su miserable vida. Aun no he acabado. Vos érais dueño del corazón de la niña, que se desconsuela en este momento viéndose destinada por su padre á ser mujer de un mentecato, de un tal Robinet, negociante de bolsa, que no pesaría mas que una caña en mi mano si me empeñara en derribarle. ¡Y osáis hablar de suicidio, vos, un deudor modelo! ¡Abandonar una partida que está casi ganada! Vamos pues, señor Desroches, os hablaré por fin sin mas rodeos: he venido á proponeros el último negocio. En una palabra, ¿quereis que os case con la mujer que amais?

Estupefacto Pablo viendo que su interlocutor estaba realmente mejor enterado que él mismo de sus propios negocios, ó mas bien de sus secretos disgustos, no desplegó sus labios para responderle.

Hacia algunos minutos que Chanteclair se habia despojado de su carácter de hombre de bien para ponerse la máscara de prestamista á crecido interés, es decir, su aspecto taimado y su mirada penetrante y calculadora.

— Todo eso sale de un excelente corazón... de usurero, respondió al fin Pablo con tono de burla. Pero ¿qué precio poneis á mi consentimiento? Porque supongo que no me hareis la ofensa de salvarme gratis de las uñas de Satanás, vuestro apreciable cofrade.

— Os costará una friólera... veinte mil francos, respondió sin embozo el hombrecillo.

— ¡Cáspita! muy seguro estais de salir, bien con vuestro negocio. Están dando las nueve, añadió Pablo: tengo aun una hora de vida. Amigo Chanteclair, acepto vuestra oferta; os doy esta hora de tiempo para casarme.

— ¡Una hora! exclamó el tentador volviendo á afectar su aspecto hipócrita y compungido. ¡Qué locura! Pero...

— No tengo humor para oír lamentos. Es mi gusto; una hora, ni un segundo mas. Si á las diez en punto, ¿ois? no estais aquí de vuelta con una respuesta favorable...

El usurero sacó su reloj con aire quejumbroso, adelantó la saeta poniéndola en los mismos minutos que señalaba el reloj de sobremesa, y salió corriendo.

— Voy confiado en que me dais palabra de que en caso de buen éxito me satisfareis la cantidad que hemos dicho, añadió volviendo atrás.

— Os la doy, y recordad que tanto en esto como en todo, no falto jamás. ¡Os deseo buena fortuna!

— ¡Hasta otro rato!

— A las diez en punto, si no...

Estas últimas palabras hicieron estremecer á Chanteclair que se lanzó como un loco á la escalera.

Pablo abrió la ventana y le vió curiosamente cual corría por la calle con peligro de dar una caída, y se avergonzó despues al reflexionar en el trato que acababa de cerrar y en el cual habia puesto como prenda con tanta ligereza su vida ó su felicidad. Prostituir su amor á un usurero inmundo; elegir para celebrar su matrimonio un tercero de baja ralea; apostar la esperanza de vivir y de ser dichoso contra un saco de dinero; ¿semejante pacto era honroso? Y si se realizaba por casualidad, ¿no arrojaría una mancha indeleble sobre el resto de sus dias? ¡Excelente regalo de boda! ¡presagio cierto de felicidad el recuerdo de un cobarde contrato que apenas se atreveria á confesar y nadie se resolveria á creer!

Todos esos pensamientos asediaron á Pablo como precursores del remordimiento; pero como estaba dotado de una voluntad inflexible y de un gran fondo de indiferencia, arrojó de sí la tristeza como el humo de su cigarro y se tranquilizó murmurando:

— ¡Bah! no tiene tiempo para salir bien con su empresa. Esta necesidad me pesará de menos en la conciencia, y puedo poner por obra con entera libertad...

Pero como no estamos obligados á repetir á nuestros lectores el monólogo acostumbrado del que se condena á sí propio á muerte, seguiremos la pista al ingenioso Chanteclair y sabremos el resultado de su audaz empresa.

Continuó este su camino codeando, haciendo giros y empujando á los transeuntes que parecían agruparse á propósito para entorpecer su marcha, y todos le recibían con gritos, con injurias y con remoquetes. Pero el usurero con el corazón rebotando de misericordia... y de angustia, y sordo á las quejas ó insultos que motivaba su correr desalado, ganaba terreno arrebatado por la idea de que el tiempo, ese judío errante infatigable, le ganaba en ligereza.

Cayó como una bomba en casa de Robinet, el rival afortunado de Pablo Desroches.

— No está el amo, dijo la criada que abrió la puerta. El pobre Chanteclair se apoyó en la pared para no rodar por la escalera; sus rodillas se doblaron de cansancio, y los veinte mil francos pasaron ante sus ojos con la velocidad de cien alas.

Pero volvió á levantarse al momento, sacó con pres-teza una grasienta cartera, y escribió en una de sus hojas *Para la calle de Coquenard*, añadiendo:

— Muchacha, entrega esto á tu amo; es preciso que venga sin tardanza.

El tiro habia sido seguro, y el invisible Robinet acudió con ahínco. El usurero entró, se sentó, se enjugó su frente bañada en sudor, y antes de pronunciar una palabra, miró la hora que señalaba su reloj.

Eran las nueve y diez minutos.

Exhalóse de su pecho un suspiro de satisfacción.

— ¿Qué noticias me traeis? preguntó Robinet.

— Malas, repitió Chanteclair. Se sabe todo en la calle de Coquenard.

— ¡Cómo! ¿Mimí sabe?...

— Os repito que todo lo sabe; vuestro próximo casamiento y la separación que por consiguiente la amenaza. Decía que estaba decidida á ir á casa de Durantón, vuestro futuro suegro.

— ¿Con qué intención?

— Con la inocente intención de armar en primer lugar un escándalo... y de exponer en seguida los derechos que pretende tener sobre vos.

— Todas dicen lo mismo, dijo el traidor con una falsa risa; ¿los derechos del amor sin duda?

— Sí, eso y algo mas.

— Y ¿quién la ha enterado tan á fondo?

— Creo que uno de mis amigos... Desroches, se aventuró á decir el usurero despues de vacilar un momento.

¿Cómo menta! Pero pertenecía á la escuela de los que creen que el fin justifica los medios, y el fin era para él los veinte mil francos que le halagaban desde lejos con las mas gratas caricias.

— ¡Ah! ¿con qué ha sido mi rival, dijo Robinet, el pobre Pablo Desroches?

— El mismo, Desroches.

(Se concluirá.)

Gonzalo Fernandez de Córdoba

O LA BUÑOLERA.

En la guerra de Granada
Por un algazar (1) secreto,
Llegaron á sus altezas
Nuevos mensajes siniestros,
Que entre grescas y disturbios
Que refirió por extenso,
De una linda buñolera
Les pintó los rasgos bellos;
Y arrebatado Gonzalo
Que estuvo presente al hecho,
Juró robarla y traerla
Como prueba de su esfuerzo;
Mas Isabel y Fernando
Hazaña de tanto precio
Dudaron que sus valientes
Llevar pudiesen á efecto;
Y la prudente señora
Contuvo al bravo guerrero,
Y con sus régias palabras
Templó el volcan de su pecho.
Con el cautivo en Zenete
Que por el nombre de Pedro
El de Aben-Hamut trocará (2),
Se concertaba en secreto;
Y en notables conferencias
Sobre aquel morisco pueblo,
De sus revueltas y calles
Entretenían el tiempo.
Cuando supo que de Haxima
Era el gallardo mancebo,
El esposo prometido
Antes de su cautiverio:
De Haxima la buñolera
Que este nombre le pusieron,
Y era célebre en Granada
Por su belleza y despejo.
Con esta nueva animado,
Y con el traje encubierto
Y el albornoz africano
Que Chacon llevó en su duelo,
Cabalgando en un caballo
De aquellos cuatro agarenos,
Que de las cuerdas de Muza
Por Zoraida se ofrecieron,
De Santa Fé salió ufano
En su deseo revuelto,
Que enardecido animaba
Aben-Hamut con extremo.
Llegó á la puerta de Elvira,
Los Zenetes le tuvieron
Por un visir poderoso
Segun su rango y aspecto.

(1) Algazar, espía.

(2) Aben-Hamut, cautivo en Zenete por Pulgar, se bautizó con el nombre de Pedro, conservando el apellido de Pulgar.

Siguió con paso pausado
Hasta descubrir el puesto
Do adustos almogawares
Reposaban en sosiego,
Y en escudillas, servidas
Por el jayan lisonjero
Que en el real recatado
Dió vida á su pensamiento,
Ufanos se solazaban
En su estado satisfechos.
Vió á Haxima que taciturna
Cabizbaja y en silencio,
Se mostraba cautelosa
Su ejercicio presidiendo:
Bella como la alborada
De abril florido y sereno:
Mas blanca que nieve ó plata,
Y dorado su cabello;
Y al dirigir de sus ojos
Los dos preciosos luceros,
Y al clavarlos en Gonzalo,
Se quedó absorta en extremo.
El se bajó del caballo
Que ató á la aldaba risueño,
Y se adelantó cuitoso
Hacia aquel divino objeto.
— Dios te guarde, niña hermosa,
Le dijo con dulce acento;
¿Eres tú la buñolera
Que admiran en este suelo? —
Levantó su tersa frente,
Y con sumiso respeto
Le contestó ruborosa:
— Yo soy, señor caballero.
— Pues á ti vengo buscando.
Esta noche, ahí en un pueblo
Que el Fargue (1) se denomina
Libre de su cautiverio
El árabe Aben-Hamut
Se casa alegre y contento:
Yo que su valí me nombro
Y de su valí me precio,
Aí venir á ver al rey
Le quiero hacer el obsequio
De que en su boda se prueben
Y se gusten tus buñuelos:
Ven pues conmigo, preciosa,
Y verás cuán satisfechos
Se muestran los circunstantes
En la zambra que te ofrezco. —
Al nombre de Aben-Hamut
Y al oír su casamiento,
Se exaltó la triste mora,
Que arrebataron los celos;
Y resuelta y atrevida
Tomó su albornoz y un velo,
Y le dijo: — Ya estoy pronta,
Vamos, señor, al momento. —
Desató al punto el caballo,
Y en el arzon delantero
Colocó á la buñolera,
Y en pos cabalgó ligero;
Mas al emprender la marcha
Se oyó al algazar perverso
Que furioso repetía:
«A las armas, compañeros;
Que ese es Gonzalo Fernandez,
Cristiano astuto y soberbio.
Atajarlo, almogawares;
Gomeles, acudid presto:
Que á mi sobrina se lleva
Con amaño y fingimiento.»

Vuelve las riendas y furioso embiste,
Baja la lanza y el broquel cubierto,
Al que en su detención y arresto insiste;
Y siguiendo ardoroso, en rabia envuelto,
El tumulto, impertérrito resiste.
Que á aquellas voces se reunió resuelto;
Conteniendo en la silla á la africana
Que arrojarle intentó con furia insana.

Del Albaicín bajaban animosos
Varios ginetes que su ardor mostraron,
Y al sentir el estrépito, ardorosos
Al esforzado capitán cercaron:
Con denodados golpes procelosos
De Gonzalo los golpes contestaron;
Hasta que su acicate duro y fiero
A su corcel precipitó altanero.

(1) El Fargue: lugar cerca de Granada en el camino de Guadix.

Y rompiendo con rápida pujanza
Por entre los revueltos pelotones,
A un frenético grupo se avalanza,
Derribando casquetes á millones :
En los corvos estribos se afianza ;
La sangre corre en rojos borbotones,
Y arrojando la pica, con la espada
Acometió la muchedumbre airada.

Cual el rabioso jabalí, acosado
De sabuesos por turba innumerable
En su rauda corrida despechado
Esgrime su colmillo formidable,
Y vuelve, y de despojos llena el prado,
En su firme defensa incontrastable ;
Así el activo capitán tornaba,
Y tajos y reverses redoblaba.

A la puerta de Elvira llegó ufano ;
Y siguiendo su rápida carrera,
Por incierto camino llegó al llano,
Do la amiga atalaya halló primera
De aquel puesto avanzado castellano ;
Y con faz brillante y placentera,
Encontró á Aben-Hamut, que cuidadoso
Esperaba á su hurí ya receloso.

A Háxima desmayada mantenía
Sobre el corcel rendido y fatigado :
Y á su llegada airoso la cedia
Al morisco confuso y admirado ;
Que en justo galardón y cortesía
A Gonzalo acataba extasiado ;
Y ella al volver de su terrible ensueño
Se encontró entre los brazos de su dueño.

El alcaide de Ilora, cuyo nombre
Venerarán por siempre los hispanos ;
Aquel Gran Capitan cuyo renombre
Correrá hasta los tiempos mas lejanos ;
El fuerte campeón, el primer hombre
Que brilló en los ejércitos cristianos,
A Háxima presentó ledo, rendido,
A Isabel y á Fernando envanecido.

Y la reina esplendente de Castilla
A la mora tendió su régia mano ;
E iniciada con noble maravilla
En la fe y las creencias del cristiano,
En su real y espléndida capilla
Recibió en su bautismo soberano,
El nombre de Isabel grande y glorioso,
Y á Pedro del Pulgar por digno esposo.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

Revista de la moda.

SUMARIO. — El buen gusto parisiense vuelve á estar de moda. — El vestido Gabriela. — Telas y vestidos de primavera. — El vestido Enrique III. — Las faldas con delantal y los falbalás Luis XVI. — Prendidos de baile. — Vestido de gasa de Chambéry malva y blanco. — Confecciones de primavera. — Un bordado maravilloso. — Sombreros nuevos. — Tocados y aderezos. — Descripción del figurin de este número.

Hoy tengo que hablar de las modas de primavera, y principiaré por decir que el buen gusto parisiense domina en todas las telas. Todo lo que es excéntrico quedará arrinconado ó se dejará para las mujeres que quieran llamar la atención, lo que nunca es propio de las señoras. No es decir que vayamos á llevar los vestidos mezuquinos de nuestras abuelas; estamos á mil leguas de ellos, y para probarlo principiaré por describir el vestido Gabriela, que tiene todos los honores de la estación actual.

Este vestido se ha copiado exactamente de un cuadro del Louvre; no tiene costuras; el cuerpo y la falda son de una pieza, y la falda al sesgo y en punta forma un abanico. Este corte es muy elegante; hace mas alta y mas delgada la persona que le lleva. No se me pida el patron de este vestido, pues únicamente la casa Gagelin sabe cortar y reproducirle. En cambio describiré un vestido nuevo en cuanto á mangas y tela. Es de tafetan antiguo fondo blanco, ilustrado con un sembrado de estrellas de terciopelo negro y una botonadura de terciopelo negro con puntilla de encaje. Las mangas se componen de un afollado, de un jockey y de una ancha vuelta. Esta tela blanca y negra es de una distinción exquisita. Parece cosa decidida que todas las rarezas en el vestir quedarán desterradas.

Hé aquí otras telas de primavera :
Vestidos de tafetan antiguo bordados de espigas paja sobre fondo negro, fondo blanco y de todos colores.
Id. id. color gris con rayas de puntitos de relieve sembrados de carditos grosella ó de otros colores.
Id. id. fondo lila Emperatriz con drapería Pompadour en cintas floridas sobre fondo lila y florecillas menudas.
No dejemos los vestidos de primavera: voy á describir algunos de vestir y otros de baile.
— Un vestido Enrique III de tafetan malva con una drapería en las caderas ondulada de tafetan malva y un rizado de

terciopelo malva en torno del vestido. El cuerpo abotonado y de cinturón está graciosamente entreabierto hasta el medio del pecho, y lleva una pequeña drapería de terciopelo en forma de corazon. Esta drapería está sostenida por un lazo. Las mangas son abiertas y redondas con afollados de tarlatana blanca, y en la muñeca llevan una cinta malva. En lo alto de la manga un jockey de terciopelo.

— Otro vestido de tafetan verde primavera con falbalás Luis XVI y entredos negro de guipure, que separa las hileras de los pequeños volantes. La falda tomada por abajo está dispuesta de este modo: cuatro falbalás Luis XVI guarnecidos de cintas de terciopelo negro y encaje; entredos de guipure; tres falbalás; una guipure; dos falbalás; una guipure y dos falbalás que llegan casi al cinturón. El cuerpo está lleno de volantes pequeños. Las mangas son del estilo Enrique III, solo que en vez de canelones tienen volantes.

— Otro vestido de tafetan malva Habana con un volante de un metro de altura que remata en cinco pequeños volantes cortados. Este magnífico volante que tiene una circunferencia de seis metros, comienza en las caderas. Todo el delantero del vestido representa un delantal de cordoncillos y borlitas. El cuerpo y las mangas tienen igual adorno.

Pasemos á los trajes de baile.
El primero que voy á describir es de tul blanco, y tiene en la orla cinco hileras de afollados derechos, separados por rulos de raso azul y puntilla de blonda. A partir de la orla suben en sesgo otros afollados de tul. Sobre la falda hay una túnica de tul azul adornada de blonda al rededor. En las blondas hay rosas y lazos de cinta. El cuerpo y las mangas son afollados por el mismo estilo.

— El segundo es un vestido de tafetan blanco con tres volantes de crespon blanco con rizado encima y una puntilla blanca y negra. Sobre esta falda cae una túnica de crespon blanco abierta por los lados con cintas blancas y blonda blanca y negra con ramilletes de rosas silvestres color de cereza.

— El tercero es un vestido de tul blanco con drapería en todo él, recogida de distancia en distancia con lazos graduados de tafetan verde primavera y follaje. Cuerpo y mangas con drapería.

— El cuarto es de tafetan verde luz guarnecido de ruches de crespon, con blonda salpicada de hilillo de plata. Sobre esta falda cae una túnica sembrada de chispas de plata y orlada con una cinta verde plateada. El cuerpo lleva una drapería con franja de plata. Por tocado una diadema de diamantes.

— El quinto es un vestido de gasa de Chambéry blanca y malva; en el bajo de la falda un gran volante cubierto con siete pequeños volantes que rematan en una cintita malva. En los cinco pliegues de la falda cinco pequeños volantes que llegan hasta arriba. Berta de cuatro puntas con drapería trenzada, terminada por un volante. Mangas cortas afolladas.

Llamo la atención de mis lectoras sobre este último vestido; es económico, porque se puede llevar cinco veces y es muy elegante.

En cuanto á confecciones de primavera voy á señalar cuatro modelos :

— Una « demi saison » de tafetan negro formando una esclavina ilustrada con terciopelo escocés y capuchon redondo fruncido de tafetan negro, forrado de terciopelo escocés. El capuchon lleva un lazo negro.

— Un chal doble de tafetan negro rayado al sesgo. Los dobles contornos del chal están redondeados por detrás y guarnecidos de una guipure magnífica, con un fleco Tom Ponce sembrado de azabache. Por delante hay aberturas de los pliegues del chal para el libre movimiento de los brazos.

— Una Georgiana de tafetan negro con cinta de tafetan blanco cubierta de encaje negro. Esta disposición de cinta blanca es muy caprichosa y muy propia para ir en carruaje. En cada cinta hay una franja de encaje negro; al rededor de la prenda flotan dos volantes de Chantilly que velan una rica franja de seda blanca.

— Un chal de tafetan negro con un bordado al pasado sembrado de perlas de acero azuladas, que producen el mas bonito efecto. Este chal se adorna segun se quiere, con franja, encaje ó guipure.

Tambien hay sombreros y tocados de primavera. Alejandrina ha dado á luz varias preciosidades. El corte de Alejandrina rejuvenece y embellece á las personas.

Recuerdo un sombrero de crespon blanco y de tafetan verde con velo de Chantilly sembrado de florecillas y sostenido por unas presillas de tafetan verde que flotan sobre el casco y el bavolet. Así sabe poner los velos Alejandrina. Por dentro ramito de rosas y cintas verdes.

— Otro sombrero de tafetan azul celeste. El ala describe un grueso afollado; sobre el casco un puff de cinta azul y velito de blonda; en el ala cordon y lazo de cinta azul.

— Otro sombrero de tafetan blanco y tafetan malva. El casco hácia atrás: en el interior rizado de tafetan negro en vez del rizado de blonda con bandó de encaje moaré que se adelanta sobre la cabeza. Cintas blancas y malva.

— Otro sombrero de tafetan blanco y tafetan grosella de los Alpes. En el interior pompones de cinta y de encaje negro que se pierden en la blonda; cintas blancas con un sesgo de tafetan grosella de los Alpes.

Nótese que en los sombreros que acabo de citar no hay plumas ni flores, lo que prueba el gusto por las cosas sencillas.

A pesar de la cuaresma se baila todavía; y por esta razon hablaré un poco de tocados y de aderezos.

— Una corona redonda de lilas blancas con estrellas de oro, ó un puff de no me olvides, con adorno de cinta azul y lazo de cordoncillo de oro.

— Una pequeña papalina de violetas de Parma y de blonda.

— Un tocado reina de España compuesto de una trenza de terciopelo purpuro, con lazos de cinta de oro colocados sobre la trenza, y que caen en dos pequeñas borlas. Por un lado redondeada de oro muy aérea que se enrosca en turbante y describe por detrás una especie de pequeño puff, en tanto

que por el otro lado caen dos plumas sembradas de chispas de oro.

— Una corona de hojas de encina polvoreadas de oro con bolas de nieve y un lazo verde.

— Ramilletes de pastora para niñas. Estos ramilletes se colocan en el cuerpo, en el cinturón, en los hombros y á los lados de la cabeza.

— Aderezos de lilas de colores mezclados, compuestos de una guirnalda redonda, de adornos de hombros á lo Figaro y adornos para el cuerpo y la falda doble.

— Un aderezo de violetas azules con follaje polvoreado de oro. — Este aderezo se compone de un cordon imperial que pasa de un hombro á otro, y viene á florecer sobre la falda en un ramillete con vástagos de verdura. El tocado es redondo, de forma de diadema con un doble cordon de verdura polvoreado de oro.

— Un aderezo de miosotis y de rosas (estilo Watteau), describiendo guirnalda enlazada sobre las faldas de tul. Corona redonda y ramillete en el cuerpo y en los hombros.

— Un aderezo de anémonas color de cereza polvoreadas de oro, con follaje blanco y verde y estremitas de plata.

— Un aderezo de tulipanes color de rosa y blanco con follaje natural.

El mes próximo hablaré de las monturas de sombreros. Todo lo que sé hoy es que en el interior se colocan muchas ruches de flores en lugar de blonda.

Hé aquí ahora la descripción del figurin que presenta un traje de vestir y otro de soiré.

El primero se compone de un vestido de moaré antiguo color de castaña orlado por abajo con una ancha banda de terciopelo al sesgo. Cuerpo redondo, la mitad de terciopelo y la otra mitad de moaré antiguo. Mangas anchas con pequeños jockeys de terciopelo y bocamangas. Mangas interiores afolladas de tul con hebillas de terciopelo. Cuello de encaje. Sombrero de tafetan azul de Prusia adornado con encaje negro por dentro.

El segundo traje se compone de un vestido blanco de tarlatana con diez volantes en la falda orlados con una pequeña blonda. Cuerpo fruncido con berta de capricho formada por un ancho afollado por el cual pasa una cinta malva. La berta describe un poco de punta por detrás. En la cabeza corona de violetas de Parma.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

William Prescott.

Las letras americanas acaban de perder á uno de sus representantes mas distinguidos: M. William Prescott falleció el 28 de enero último en Boston, de resultas de un ataque de apoplejía, á la edad de sesenta y dos años. La biografía de este escritor presenta un interés particular, porque demuestra lo que puede una inteligencia superior sostenida por una energía obstinada y una gran fuerza de voluntad para superar los males físicos y vencer dificultades en apariencia insuperables.

Prescott nació en Salem, Massachussets, el 4 de mayo de 1796. Pertenecía á una familia que habia figurado de un modo glorioso en la guerra de la revolucion. Su abuelo, el coronel William Prescott mandaba la milicia americana en la célebre batalla de Bunker-Hill. Su padre, que durante muchos años llenó en Boston importantes funciones judiciales, dejó la memoria de un magistrado tan eminente por su saber como por su probidad. William halló pues en la infancia las lecciones mas nobles que pueden formar el carácter de un hombre y enseñarle sus deberes de ciudadano.

Después de haber hecho estudios clásicos muy brillantes en la universidad de Harvard (Boston), en el momento en que iba á entrar en el mundo, fué víctima de un accidente deplorable que cambió las circunstancias de su vida. Efectivamente, sin esa desgracia, es probable que el distinguido escritor de que nos ocupamos habria sido un abogado mas ó menos notable. Jugando con sus compañeros recibió un golpe en un ojo, que á pesar de todos los cuidados, acabó por privarle del uso de ese órgano. Para colmo de infortunio, el ojo que le quedaba sano fué atacado por simpatía de una gran inflamacion, y Prescott se halló momentáneamente privado de la vista. No obstante los dolores horribles que sufría, no cesó de demostrar un buen humor inalterable. Por último, al cabo de muchas pruebas recobró el uso de uno de sus ojos, pero siempre le tuvo débil é incapaz de todo servicio constante.

Viéndose obligado á abandonar la idea de consagrarse al foro, resolvió abrazar las letras; tuvo la noble ambición de hacerse historiador y de contribuir á los progresos intelectuales de su jóven patria. Para alcanzar este objeto se dedicó á estudiar los autores antiguos y modernos. Leyó y meditó las obras maestras de España, Italia y Francia. Prescott tenia una persona que le ayudaba en sus estudios leyendo y tomando apuntes por él. En aquella época, esa persona era su madre. Diez años consagró á la adquisicion de los conocimientos mas variados antes de emprender la composicion de ninguna obra.

Entonces le vino la idea de escribir la historia de Fernando y de Isabel; habia elaborado suficientemente sus materiales y creia estar á la altura de la obra. Ese período tan brillante de la historia de España ha sido tratado por el historiador de un modo muy notable. El estilo de Prescott es muy animado y se distingue por su elegancia y correccion. El escritor dotado de una naturaleza sensible y fogosa se interesa en los sucesos que cuenta y los expone siempre con un colorido dramático.

Prescott dictaba generalmente lo que componia, pero



WILLIAM ENRIQUE PRESCOTT.



SI-MOHAMMED SADOK-BEN-EL-HADJ.

también escribía con la ayuda de un instrumento ingenioso que tenía la forma de la pizarra de las escuelas, y sobre el cual había extendidos unos alambres a la distancia de una pulgada unos de otros. Empleaba un cuchillito para trazar caracteres irregulares, geroglíficos indescifrables que muchas veces calentaron la cabeza á su secretario.

La *Historia de Fernando y de Isabel* se publicó en 1838 (3 vol. en 8°); obtuvo un éxito muy brillante en los Estados Unidos y en Inglaterra, y fué traducida en español, en francés, en alemán y en italiano.

Animado con los elogios que vió merecían sus esfuerzos, continuó sus tareas con mas energía que nunca. En 1843 publicó la *Historia de la conquista de Méjico*, y en 1847 la de la *Conquista del Perú*. Estas producciones aumentaron considerablemente la reputación de Prescott. El incansable escritor trabajaba en una historia de Felipe II cuando le sorprendió la muerte en medio de sus tareas. Ya había publicado tres volúmenes de esta última obra.

William Prescott era un hombre de un carácter muy recto, y se hallaba animado de los sentimientos mas generosos y elevados. Muy distinguido en sus maneras, era aficionado al trato social, donde desplegaba las gracias encantadoras de su ingenio. Sin celos ni envidia, perdonaba fácilmente á sus enemigos y aplaudía el primero los triunfos de sus rivales. Poseedor de una fortuna considerable, consagraba una parte de ella á obras de beneficencia, y practicaba la caridad sin ostentación y sin ruido.

Los Estados Unidos han perdido en William Prescott uno de sus mejores escritores y aun de sus ciudadanos mas recomendables. L. D.

Sidi-Mohammed Sadok

(ARGELIA.)

Si-Mohammed-Sadok-Ben-el-Hadj, jefe de la insurrección que el señor general Desvaux acaba de reprimir en el círculo de Biskra, llegó á Constantina el 7 de febrero, escoltado por un escuadrón del 3° de cazadores de Africa.

Si-Sadok pertenece á una familia religiosa de los Ulad-Yub, pequeña tribu que habita en las cuevas Sur del Ahmar-Kehdhu, y ha desempeñado un papel importante durante la insurrección de 1849.

Después del primer descalabro que sufrieron las tropas francesas delante de

Zaatcha, llamó á la guerra santa á todos los sectarios de la orden religiosa que está bajo sus órdenes, y asistió con ellos al combate de Seriana.

Mientras duró el sitio de Zaatcha, Si-Sadok permaneció á la cabeza de mas de 3,000 hombres. — Sus guerrilleros cortaron las comunicaciones entre Batna y Biskra y atacaron los convoyes franceses.

Si-Sadok no ha cesado nunca de predicar la guerra santa contra los conquistadores. — En noviembre último lanzó muchas proclamas para levantar á las tribus sometidas, y á la cabeza de sus partidarios atacó á los kaid franceses en Rassira.

Por fin el 13 de enero último, el general Desvaux, comandante de la subdivisión de Batna, llegaba á Tanegalin con su columna, y derrotaba y dispersaba á los contingentes de Si-Sadok.

Después de haber resistido juntamente á las tribus que querían detenerle en su fuga hacia la regencia de Tunes, Si-Sadok se rindió con las armas en la mano el 16 de enero.

En el día Si Sadok y toda su familia están en poder de los franceses. X.



CONCIERTOS DE PARIS.

«Hoop de doodem doo» escena cómica popular, por E. H. Pierce de la compañía de los Christy's minstrels.

Conciertos de Paris.

El establecimiento lírico conocido con el nombre de *Conciertos de Paris*, se halla sitiado todas las noches por la muchedumbre con motivo de haber llegado á él la compañía de los *Christy's Minstrels*. Componen esta compañía nueve músicos negros, ó que lo parecen, pues hay quien supone que han nacido en las cercanías de Londres, de donde llegan bajo la dirección de M. Mitchell. Efectivamente, los naturales del Congo ó de la costa de Zanguebar no suelen tener el cuero tan oscuro y la lana tan encrespada; y además, ningun negro supo llevar nunca el frac parisense y la corbata blanca con la naturalidad y el buen gusto de estos *minstrels*. Su música sí, debe ser auténtica, á juzgar por su originalidad. El canto es atrevido, la expresión suave ó firme, el acompañamiento grave ó cómico. Su orquesta cuyos instrumentos, banjo, hierrecillos, castañuelas y pandereta, parecen mas propios para hacer ruido que para hacer melodías, produce un efecto prodigioso.

La compañía tiene sus caricatos de gracia verdaderamente diabólica, y su bailarín no menos grotesco. Cada uno de estos hombres es una curiosidad digna de admirarse. Cantantes, ejecutantes y bailarines, hacen tambien parodias; imitan la movilidad de los negros con tanta gracia como la gravedad de los cuáqueros; y para completar la fiesta hay tambien una cantatriz de los trópicos, una Malibrán negra, que hace reír mucho cuando canta. En suma, el espectáculo es nuevo, variado, original, y el salon de los *Conciertos de Paris* no estará nunca despoblado mientras trabajen en él los *Christy's Minstrels*. X.